

# NUEVA REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

AÑO X

NÚM. 2

## NOTAS DE LINGÜÍSTICA ÍTALO-HISPÁNICA CON OCASIÓN DE DOS LIBROS NUEVOS

### I. DICCIONARIO ETIMOLÓGICO

La obra que aquí me propongo comentar principalmente<sup>1</sup> obedece a una necesidad de la mayor urgencia. La falta de todo diccionario etimológico italiano escrito según los principios de la lingüística románica ha sido hasta ahora uno de los defectos máximos de nuestra bibliografía, falta tan sensible como la de un diccionario etimológico castellano. Como a menudo ocurre en estos casos, son varios los libros que se han publicado a un tiempo con el intento de rellenar este vacío<sup>2</sup>, y en el caso del italiano su valor es más o menos comparable, y cada uno de ellos tiene su utilidad o viene a satisfacer los deseos de un tipo de público. Pero aun ahí hay una diferencia sensible en el juicio a que son acreedores por parte de los entendidos: está claro que la obra de Battisti-Alessio y la de Prati son más críticas y valiosas en conjunto, además de ser las únicas que fechan, definen brevemente y a veces localizan y documentan las palabras; y entre las dos no vacilo en dar la preferencia a la última por la mayor cantidad de información útil para el filólogo, concentrada en un espacio más reducido, y también por cierta diferencia en el tino crítico con que se orienta en los casos dudosos. Battisti y Alessio ceden a menudo a cierta tendencia hacia etimologías aventuradas, sobre todo en el terreno prerromano, y también en lo griego y oriental. Además, los dos coautores principales han escrito el libro con mucha independencia el uno del otro, repartiéndose las varias letras del alfabeto —Battisti es algo más prudente que su colaborador—, y la falta de un criterio absolutamente unitario a lo largo de la obra es otro de sus defectos. Por lo demás, el libro de Battisti y Alessio tiene su valor, y no pequeño, pues además de tener criterio propio (que ocasionalmente, como en el caso de *civea*, puede llegar a algún resultado más acertado que el de

<sup>1</sup> ANGELICO PRATI, *Vocabolario etimologico italiano*, Torino, 1951; xii + 1091 pp.

<sup>2</sup> Además del de Prati: CARLO BATTISTI e GIOVANNI ALESSIO, *Dizionario etimologico italiano*, Firenze, tomo 1, *A-Ca*, 1950; tomo 2, *Ce-Fa*, 1951. (Las letras G y S serán redactadas por E. DE FELICE y G. B. PELLEGRINI; las demás, unas por BATTISTI, otras por ALESSIO).—BRUNO MIGLIORINI e ALDO DURO, *Prontuario etimologico della lingua italiana*, Torino, 1950 (2ª ed., 1953); 628 pp.—DANTE OLIVIERI, *Dizionario etimologico italiano*, Milano, 1953, 811 pp.—Es notable y ciertamente no es casual el hecho de que los autores de los cuatro libros y el del *DCEC* sean todos toponimistas o especializados de otro modo en el estudio de los nombres propios.

Prati), admite una cantidad más numerosa de palabras dialectales, característica que agradece el romanista especializado, y de voces técnicas y muy cultas, que para el especialista constituyen un lastre inútil por lo evidente de su etimología, pero que interesarán a ciertos sectores del gran público; aunque es bien dudoso, dada la considerable rareza de las mismas, que esta utilidad compense el espacio excesivo que ocupan.

Las obras de Migliorini-Duro y Olivieri no carecen de valor propio, pues sus autores son filólogos de gran talento y de pensamiento personal. Es bueno siempre conocer la opinión de un erudito de tanto relieve como Migliorini; por lo demás, su librito se presenta, con gran modestia, como un mero prontuario, al alcance de los presupuestos más modestos, orientado hacia los estudiantes y el público medio, y en este sentido es un acierto plenamente logrado. El de Olivieri reduce más que ninguno la nomenclatura, abarcando sólo vocablos de la lengua común moderna; por otra parte, da mayor desarrollo que aquél al texto de cada artículo, atendiendo mucho a la parentela lejana e indoeuropea de las palabras, y luce presentación más lujosa y un carácter de letra mayor. Ni uno ni otro indican la antigüedad de los vocablos, ni los definen, localizan ni documentan: se trata, pues, de etimología esquemática a la antigua, sin historia de las palabras.

Es evidente, en cambio, que la aparición de los libros de Prati y Battisti-Alessio tiene verdadera importancia para los filólogos, aun los no especializados en el italiano, y muy particularmente para los hispanistas, cuyo campo de trabajo ha estado unido a Italia por lazos múltiples, que a través de los siglos han alcanzado repetidamente un carácter de verdadera intimidad. Es, pues, importante que en una revista de filología hispánica se comente el mejor de estos libros con algún detenimiento, atendiendo sobre todo, como es natural, a la relación del léxico italiano con el iberorrománico. En lo referente a problemas etimológicos concretos, a fin de facilitar el enlace y colaboración, tan deseables, entre estas dos especialidades romanísticas, y para ahorrar desarrollos impropios de una reseña, remito en general y de una vez por todas a mi *Diccionario etimológico castellano (DCEC)*, citando sólo el artículo concreto cuando pueda caber duda.

Dada la extensión respectiva, es evidente que no debe esperarse de Prati una exposición histórica y comparativa tan completa y detallada, ni una discusión etimológica tan detenida, como del *DCEC*. Sin embargo, Prati fecha la mayor parte de los vocablos y aun muchas de sus acepciones, citando el autor o texto donde aparecen por primera vez; y aunque por lo general se trata de datos sacados de Tommaseo, La Crusca y alguna otra fuente bien asequible, no deja de hacerles un buen número de adiciones, especialmente frecuentes cuando son palabras representadas en la toponimia, en el bajo latín de Italia y en los dialectos del valle del Po. Por lo general se trata de citas esquemáticas, reducidas a un nombre de autor, aunque no es raro que además indique el pasaje, cuando estamos ante una aportación más personal del etimologista. Están representados los dialectos, en sus vocablos (voces como *buganze* 'sabañones'), acepciones y variantes propias, aunque lo están más los del Norte y de Toscana que los del Sur (en éstos son más ricas las partes del libro de Battisti debidas a Alessio). Pero es sobre todo en

la información histórica en la que el libro de Prati excede con mucho a los demás. También en indicaciones bibliográficas. Éstas no aspiran a ser completas, pues se omite por lo común la referencia no sólo a fuentes tan frecuentadas como el *AIS*, Tommaseo, el *FEW* y el *REW*, sino también a la bibliografía ya citada en estas obras, y aun en lo demás es parco por lo general; así y todo, son bastantes y muy oportunos los envíos a artículos de revista y a pasajes de obras monográficas, y en el caso de problemas particularmente importantes y espinosos (por ejemplo el de *baleno*), no es raro que tales referencias lleguen a una docena. La selección de esta información bibliográfica casi nunca merece más que elogios<sup>3</sup>.

No retrocede Prati, a diferencia de los otros libros que examinamos, ante la cita textual de testimonios concretos de autores antiguos, que tantas veces tienen valor decisivo para la aclaración de etimologías dudosas o de detalles importantes. Empleando ahí un cuerpo de letra menor ha podido mantener tan reducido el volumen del libro, pese a estos agregados. Véase, por ejemplo, la utilidad de las citas a propósito de *facchino* y *sbarcadero*. Se trata a veces de aportaciones muy personales de la erudición del autor. Y ello acrecienta mucho el interés de los artículos, quitándoles la sequedad que se nota en obras parecidas: compárense, entre otros, los artículos *burattino*, *pantaloni*, *vernaccia*, de Prati, con los correspondientes de Olivieri y Battisti, que así aparecen más desnudos, menos curiosos y concretos, y desde luego hartamente menos convincentes. En algún caso la cita de ciertas variantes dialectales hubiera sido muy oportuna. Por ejemplo, al hablar de *gelso* 'morera blanca o negra, moral', cuya etimología (*morus*) *celsa* '(árbol de moras) alto' (por oposición a la zarza de moras) nos deja pensativos ante el desconcertante cambio de *CE-* en *ge-*, nos hubiera Prati tranquilizado fácilmente de habernos recordado el napol. *cieuzo*, calabr. *cèrzu* o *cièvuzu*, pullés [cienzə], sic. *cènsu*, *cèzu* (ROHLFS, *Hist. it. Gr.*, t. 1, 407, 409, 444), y habría acabado de quitarnos escrúpulos remitiendo a la gramática de ROHLFS, t. 1, 257; y t. 3, 370, donde se reúnen muchos ejemplos del cambio de *CE-* en *ge-* en palabras del Sur de Italia, debido quizá al influjo fonético de la lengua árabe; luego se tratará de un término siciliano, levemente arabizado en su fonética, que desde la isla y zonas vecinas se propagaría al resto del país, a causa del mayor desarrollo del cultivo de la morera en las tierras del Mediodía, pero sin llegar a desterrar del todo, en estas mismas comarcas, las variantes no arabizadas, arraigadas en el terruño<sup>4</sup>.

Puesto que de obra lexicográfica se trata, no hay que decir que en

<sup>3</sup> Sólo quiero manifestar mi extrañeza por la frecuencia con que cita el diccionario etimológico de orientalismos de LOKOTSCH, libro sumamente mediocre, casi sin aportaciones personales (y las pocas que contiene son siempre equivocadas); más grave que el ser una obra de segunda mano es todavía la circunstancia de que sus datos son tantas veces erróneos, y nunca fundados en comprobación directa. ¿Por qué no recurrir inmediatamente a las fuentes de Lokotsch: ALEPPO, CALVARUSO, SEYBOLD, DE GREGORIO, DEVIC, ENGELMANN, EGUÍLAZ y sobre todo DOZY? Sin hablar ya de los léxicos hispanoárabes ni de NEUVONEN y STEIGER.

<sup>4</sup> Nada tiene que ver *gelso*, contra lo que se ha dicho, con el cat. *gerd* (cuyo plural *gerds* se pronuncia *gers*), gasc. *jourdoun*, arag. *chordón* 'frambuesa', palabra de origen prerromano hispánico.

ésta se podrán señalar vacíos. El vocabulario de Prati, sin embargo, es bastante más completo en su nomenclatura que sus concurrentes: contiene, por ejemplo, muchas voces bien conocidas que faltan en Olivieri, como *maccare*, *sciloma*, *sessola*, *soppressata*, en éste y en Migliorini (*civea*), etc. Raramente ocurre que se echen de menos en aquél vocablos de alguna importancia, como *cispa* (cf. *DCEC*, t. 2, 69b<sup>32-36</sup>; t. 1, 812b<sup>25-33</sup>), *arnica*, *scialacquare* (véase Olivieri), *scimunito* (*ibid.*), *testé* (véase ROHLFS, *ASNS*, t. 153, 245-246; *Hist. it. Gr.*, § 938) o *ravioli* (cf. *DCEC*, t. 2, 764a<sup>44-57</sup>). Por lo demás salvo en los cuatro últimos casos, poco se podía decir de la etimología en estos vocablos, y lo que de alguno de ellos se puede decir tampoco es bien seguro. Parece como si este silencio en caso de duda o empacho se deba a intención más que a olvido, pues desde luego no cabe descuido en casos como los de *trovare* (véase últimamente JUD, *VR*, 11, 250-252, a mi entender decisivo, y cf. *infra*, pp. 162 y 164), *pula*, *loppa*, *sdraiarsi* o *sferza*<sup>5</sup>. Claro que todos estos vocablos deberá agregarlos Prati en una segunda edición, por mucho que cueste decidirse en problemas tan espinosos y oscuros.

Los derivados y compuestos se tratan, como es usual, en apéndice al final de los artículos, pero aun para estas palabras se proporciona cierta información histórica, y no faltan útiles aclaraciones semánticas y filológicas acerca de las mismas. Véase, por ejemplo, lo dicho en el artículo *pressare* acerca de *soppressata* (que me ayudó no poco a averiguar el origen del mall. *sobrassada*, *DCEC*, t. 1, 295b<sup>42</sup>). En lo futuro se podrán agregar otros derivados, especialmente los que ofrecen desarrollos semánticos interesantes y de explicación no evidente (por ejemplo *scompuzzare*, si realmente viene de *puzzo*), y aumentar las referencias: muchos no atinarán en que *svignarsi* debe buscarse en el artículo *vigna*. De (*s*)*coreggia* 'ventosidad' habría que explicar que no viene de *corrigia* directamente, sino a través de (*s*)*coreggiare* 'dar un latigazo' (y 'peer').

En el aspecto que más interesa en esta revista, es de alabar el cuidado que ha puesto Prati en aclarar las relaciones léxicas entre el italiano, con sus dialectos, y las lenguas iberorromances. El libro del canónigo E. ZACCARIA, *L'elemento iberico nella lingua italiana* (Bologna, 1927), tan injustamente ignorado y despreciado, le ha servido de mucho, y Prati ha corregido sus puntos flacos y le ha agregado algo suyo<sup>6</sup>. En el caso de vocablos comunes a los dos grupos lingüísticos, y que han de ser advenedizos en uno de los dos, el gran problema es indicar en qué sentido se produjo el préstamo; en la gran mayoría de los casos acierta Prati, y no es pequeño éxito, teniendo en cuenta no sólo lo muchísimo que yerran sus predecesores, sino lo mucho que se ha pecado y se peca todavía al juzgar las relaciones paralelas entre lo italiano y lo

<sup>5</sup> Para éste quizá tenga razón Olivieri. Una idea que se me ocurre, y que no tengo tiempo de analizar con calma, es que acaso pudiera tratarse de un participio pasivo dialectal, sea de *ferire* o *fervere*, cf. *Valtelina ferz, fers* 'hirviente' (LONGA, *Studi Rom.*, 9, 65). Para *rs > rz*, cf. ROHLFS, § 267; para participios pasivos con sentido activo, ROHLFS, § 724.

<sup>6</sup> Algunas veces le habría sido útil consultar a J. H. TERLINGEN, *Los italianismos en español hasta principios del siglo xviii*, Amsterdam, 1943, libro útil aunque lleno de defectos, que subsané en parte en mi reseña de *S*, 2 (1948), 106-119.

galorrománico. Por ejemplo, es indudable que *gorra* es hispanismo en italiano, como dice Prati (aunque en definitiva parezca ser voz de raíz francesa en España), y me abstendré de citar más ejemplos de su juicio comúnmente atinado, aun en casos como los de *bizzarro* y *suelto*, en que todo el mundo (Diez, Meyer-Lübke, Migliorini, Battisti, Olivieri, Gamillscheg) se engaña, creyéndolos de origen hispánico. En el de *bazza*, que Migliorini juzga también hispanismo, Prati no se pronuncia, y hace bien, pues es voz oscura, aunque es mucho más probable que proceda de Italia. Lo mismo me atrevo a asegurar en cuanto a *bazzoffia*, al que aun Prati atribuye origen español; y en lo referente a *lupicante*, así éste como el cast. *lobagante* son voces castizas de herencia grecolatina (*λυκοπάνθηρ*). En cambio es posible, y aun verosímil, que el it. *ràffica* venga de España (del cat. *ràfega* más que del cast. *ráfaga*). El catalán, como de costumbre, anda algo descuidado, a pesar de su gran papel de intermediario entre las dos penínsulas; y no se lo podemos reprochar mucho a Prati, cuando sus predecesores Zaccaria y Terlingen prescindían de él casi del todo<sup>7</sup>. De origen catalán (*capbreu*) y no aragonés es desde luego el it. *cabreo*. Si es verdad que *gramaglia* procede de tierras ibéricas, será del catalán y no del castellano, donde es palabra de fecha mucho más reciente y de menor arraigo; sin embargo, aunque la documentación italiana es más moderna que la catalana, el problema no quedará bien resuelto hasta que conste la etimología, y una que he sugerido en el *DCEC* nos llevaría a creerlo oriundo de Italia. También habrá que partir de Cataluña más que de Castilla para *mazzamurro*, pero si es cierto el origen arábigo que propongo en mi libro, no podría descartarse la posibilidad de que pasara directamente así al italiano como al catalán. Doy por seguro que acierta Prati al rechazar para *matton* la derivación de *maltha*, aceptada por Meyer-Lübke, Rohlf, Olivieri y Migliorini, pero es forzoso tener en cuenta la existencia y antigüedad del oc. *malon* (siglo xv) y la del cat. *maó*, que desde luego se oponen a la base *mat-* admitida por Prati, concordando en ello con el piam. *mon*, lomb. *mavon*, etc.: es casi forzoso admitir una base no latina con variantes fonéticas divergentes (*mad-*, *ma(t)t-*), a no ser que en catalán y lengua de Oc fuese préstamo alto-italiano, lo cual aparece poco probable por varias razones<sup>8</sup>.

Acerca de *germogliare* es preciso tomar en consideración el judeo-esp. *hermollecer*, *hermollo*, judeocat. *ermollir*, *ermoll*, gall. *germollar* (*DCEC*, t. 1, 270b<sup>23-37</sup>), que se oponen al étimo \**germiniare*. *Cañón* 'desfiladero' no parece tener relación etimológica con *cañón* 'tubo', y desde luego no es cierto que se aplicara por primera vez al Cañón del Colorado. La palabra *cachu*, de la que se ha querido derivar *gaucho*, no es "arauaca" sino araucana, y por lo demás esta etimología es infundada.

En el terreno estrictamente italiano o romance general, la doctrina etimológica de Prati suele ser mejor que la de sus antecesores y concurrentes.

<sup>7</sup> Una lista muy incompleta de catalanismos literarios o dialectales en Italia, la he dado en mi obrita *El que s'ha de saber de la llengua catalana*, Palma de Mallorca, 1954, pp. 47-49.

<sup>8</sup> Es verdad que *maó* no se emplea en Mallorca, Valencia ni Sur de Cataluña (allí el arabismo *tova*), y que Alcover no cita testimonios antiguos de aquel vocablo, lo cual por lo demás no prueba mucho.

Son muchísimos los casos en que la comparación le favorece; por ejemplo, y prescindiendo de otros a que ya me he referido, sus etimologías de *paffuto*, (*s*)*crosciare*, (*am*)*maccare* son más probables que las de Meyer-Lübke; las de *mattare*, *brillare*, *spaccare* más que las de Olivieri; las de *guscio*, *sciloma*, *soppressata*, *valigia*, son preferibles a las de Migliorini; en *facchino*, etc. supera a Battisti; en *guscio*, *mattone* y *scrosciare* supera a Rohlfs (*EWUG; Hist. it. Gr.*, § 292), etc.

En lo dudoso y oscuro su actitud muy prudente merece alabanzas, frente a la audacia de Battisti-Alessio. Con razón niega el origen prerromano de *pala* 'acantilado'. El escepticismo de que da muestras sobre la explicación semántica de *gazzetta* 'periódico' no carece de razón. Motivada de sobra es la reserva que adopta sobre el origen de *ragazzo*, de *valigia* (en todo caso no árabe, como quisieran los demás) o de *guscio*: véanse conjeturas en mi *DCEC* (s. v. *valija* y *gocete*); la etimología "mediterránea" de *guscio* que ha propugnado últimamente HUBSCHMID (*AGIt*, t. 39, 65-77) es muy arriesgada. Quizá también tenga razón de abstenerse acerca de *otta*, aunque la idea de que se extrajera de *quotta* (*hora*) *est?* (GANDINO, *RFIC*, t. 9, 529) no presenta en realidad las dificultades que le veía Meyer-Lübke. En el caso de *facchino* es probable que tenga razón Olivieri al aceptar la raíz neerlandesa adoptada por Sainéan (véase mi artículo *faquin*). En algún caso —como el de *fetta* (véase Olivieri) o el de *gnocco* y *nocca* (del longob. *knohha*: ROHLFS, § 181)— quizá Prati habría podido abandonar su actitud de prudente abstención. Así parece indudable que *matto* venga del lat. vulg. *matthus* (bien documentado aunque raro: véase *DCEC*, s. v. *matar*), más que de una vaga raíz índica. En cuanto a *saldo* y *sodo*, tiene razón Prati en subrayar la dificultad fonética y en dudar del pretendido cruce con *validus*, quizá no tanta al poner en duda el étimo *solidus*; en mi libro (s. v. *saldar*) sugiero interpretar este duplicado, en lugar del *soldo* que esperaríamos (pero en Filippo da Messina, siglo XIII, *solda* 'sana, cura' está en rima con *Isolda*: MONACI, *Crest.*, p. 215.14; y es conocido el antiguo *soldare* 'pagar, satisfacer'), como resultado de la vacilación entre *talpa* y *topa*, *malta* y *mota*, *salma* y *soma*, y *saldo* como efecto de una reacción exagerada contra las formas lombardas *coldo*, *oltro*, *folda*, *folc*, etc. y las análogas de otros dialectos (cf. ROHLFS, t. 1, 78-80, 402-403).

Con mucha razón se muestra generoso, en cambio, con las creaciones elementales del idioma, y en particular con las voces de creación expresiva o fonosimbólica. No dudo en aplaudirle cuando juzga así, o como onomatopeyas, vocablos como *brillare* 'brillar', (*s*)*crosciare*, *ronzare*, *paffuto*, *tuzzolare*, *tozzare*, *truccare*, y aun *maccare* y *spaccare*; es posible que acierte incluso en casos donde ello parece menos claro, como *sessola* (desde luego no puedo creer en las varias etimologías, arábicas y griegas, que se han propuesto, tampoco en la reciente de Kahane) o *ronfare* (aunque puede ser duplicado de *roncar* con la  $\chi$  griega transcrita por *f*, como en *paroffia* o en el sardo *falare*). Probablemente va demasiado allá por este camino en algún caso (*raffica*; *raffa*, que será germánico; *graffiare*, para el cual tendrá más razón Olivieri al partir de *graphium*)<sup>9</sup>.

<sup>9</sup> En el grupo *graff-* hay además mezcla con la raíz árabe del cast. *garfa*, *garra*, que pudo también llegar a Italia; y en este país la hay además con el germ. *krapf-*.

¿Hará falta decir que si las etimologías aceptadas por Prati me parecen buenas casi siempre, en algún caso no me parecen las mejores? Bien mirado no haría falta: si son tan pocas las obras humanas que se acercan a la perfección, la misma índole de la labor lexicográfica hace que en ella el acierto constante sea un sueño. Puesto que escribo la crítica de una obra que por su misma utilidad promete ser muy reeditada, voy a señalar los aspectos en que me parece más susceptible de mejora. Quizá ninguno tanto como el de los germanismos. Y no es extraño, pues las obras anteriores, de Bertoni, Brüch, Gamillscheg y otros, presentan importantes flaquezas. El supuesto origen germánico de *scarpa* está completamente en el aire (aunque todos insistan en admitirlo): más indicios existen de un origen oriental o prerromano (véase *DCEC*, s. v. *escarpin*), pero lo que está claro desde luego es que no hay fundamentos para atribuir a las lenguas germánicas una base capaz de explicar una palabra tan antigua, general y arraigada en Italia<sup>10</sup>. Quizá más endeble todavía es el origen germánico que todos achacan a *garbo*: no vacilo en afirmar ahí que la procedencia grecoárabe está asegurada (*DCEC*). En cuanto a *lusinga*, es cierto que la fuente inmediata es el oc. *lauzenja*, pero no que el origen lejano esté en un imaginario fránico \**la usinga*: la variante oc. *lauzemne* prueba que hay que partir de b. lat. *laudemium*, de donde el fr. *louange* (*losange* es provenzalismo, con significado secundario; *DCEC*, s. v. *lisonja*). Tampoco hay razones firmes para calificar de germánica la raíz de *trappola*. Por otra parte, en sentido contrario, se podrán admitir etimologías germánicas que Prati no se decide a aceptar, como las de *guinzaglio* (*DCEC*, t. 2, 715b s), *guitto* (*DCEC*, s. v. *guitón*) o *raffa*. El ingl. *festival*, sustantivo, no viene de un adj. fr. *festival*, sino que se derivó en inglés de *festive* con el sufijo sustantivo *-al* (< fr. *-aille*).

También en materia de arabismos, orientalismos y americanismos podrá encontrar Prati muchas rectificaciones en mi diccionario aplicables al suyo; cito sólo algunas al azar: *caraffa* (*garrafa*), *soda* (*sosa*), *marzacotto* (*mazacote*), *marzapane* (*mazapán*), *maschera*, *almanacco*, *lancia* (2), *tabacco*, *sigaro*. En el mío demuestro que el it. *pantano* viene del nombre propio *Pantanus* de la antigüedad, sin relación alguna (o sin relación directa) con el lomb. *palta*<sup>11</sup>. *Civèa* 'parihuela' no puede venir de *cibaria*, pues no hay otra base fonética aceptable que *-èria* (*DCEC*, t. 1, 788a). Claro que la fonética se opone a que *uguanno* venga de un *hocque anno*; para éste y *dunque*, véase *infra*, p. 172. Es imposible por razones fonéticas e inverosímil semánti-

<sup>10</sup> Insisto en que vale más lo que sabemos de negativo que de positivo respecto de *scarpa*. Sin embargo da que pensar la semejanza entre el gr. tardío *καρπατίνη* y el it. *scarpettina* ("diminutivo" ya antiguo, quizá con *s-* peyorativa; véase *infra*, p. 185), tanto más cuanto que *scarpetta*, frecuente ya en Boccaccio y apodo de un miembro de la familia Ordelafi coetáneo de Dante, parece documentado desde más antiguo que *scarpa*. Nada quiero insinuar en firme, y sólo deseo llamar la atención de mis colegas italianos acerca de la falta de solidez de la etimología comúnmente admitida.

<sup>11</sup> Atinadamente nos llama Prati la atención hacia el tosc. dial. *pantenna* 'fango', pero lo singular del sufijo revela ya que se trata de una creación local secundaria a base de la terminación de *cotenna*: nótese la acepción 'cibo sodo più che non dovrebbe'.

camente que *stoviglie* salga de un \**testuilia*: se trata indudablemente de *usitilia* con influjo del sinónimo *usibilia* (*REW*, 9101, 9094) o, si se prefiere, *usualia*. Contra la etimología de *péntola* comúnmente admitida (por Prati sólo como dudosa), véase la objeción de mucho peso que le hace ROHLFS, t. 1, 119, nota 2. Aunque todo el mundo parece estar de acuerdo en que *fiata* 'vez' viene del fr. ant. *fiee* 'vez', me atrevo a ponerlo en duda atendiendo a que ya sale en el siglo XIII, y en el umbro Jacopone da Todi; se me antoja que el que pensó en *flatus* pudo dar en el clavo, pues que es frecuente en lo antiguo hallarlo como una especie de plural neutro en *-a*: *tre fiata* en Jacopone, lomb. ant. *trea fiada*, *spesa fiada*, *pluxor fiada*, venec. ant. *doi fiada* (*AGIt*, t. 3, 261); se trataría de una expresión figurada como el cat. *co(l)p* 'vez', alem. *mal*, propiamente 'mancha', it. *volta*, *via* y *vaticum* empleados en este sentido en dialectos italianos y catalanes: *disselo molte fiata* sería, pues, propiamente = *lo ripeteva a ogni respiro*, y cf. además el usual *d'un fiato* o *in un fiato* 'en un momento', *non mangio nè fiato* 'no como nada' en Berni; *a perdud lo fiadho* está ya en lombardo antiguo. Ahora bien, *flat* 'aliento' no sólo se halla en trovadores sino que hoy todavía se extiende por todo el territorio franco-provenzal y provenzal (*FEW*, 3, 611) y debió de haber un \**fle(t)* o \**flee* en francés preliterario, puesto que existe fr. ant. *refleer* 'respirar'. Quizá al influjo de este \**flee* 'vez' se deba la *f*-irregular del fr. ant. *fiee* < \**vica*ta; o será *fiee* el que se tomara del italiano, que al fin y al cabo es \**foiee* o \**voiee* lo que esperaríamos fonéticamente con la otra etimología; y de este *fiee* relacionado con *flatus* vendría luego la *f*-del fr. *fois*, considerada inexplicable hasta ahora.

No hay que decir que los aciertos de Prati son numerosísimos. Es más, si mi deber de crítico me obligara a señalarlos detalladamente, como tenía que hacerlo en lo que creo posible mejorar, este capítulo se haría interminable. Me alegro de ver que, sin saberlo el uno del otro, hemos coincidido en proponer una misma etimología para *bisturi*, buen indicio de que estamos en terreno firme. Y termino llamando la atención hacia alguna de las innumerables aportaciones (para mí, por lo menos, muy nuevas) que contiene el libro: con razón pone de relieve Prati, s. v. *gavazza*, que las formas meridionales en *c*- como *cavazzo* se oponen a la base \**gaba* que hasta ahora solía admitirse para el fr. *jabot* (*DCEC*, s. v. *gabacho*). Muy notable la idea de derivar *vogare* de *vōcāre* 'llamar' (de la chusma). Para *tiorba*, véase mi diccionario.

## II. GRAMÁTICA HISTÓRICA

La de Rohlfs<sup>12</sup> es una obra fundamental, herramienta de trabajo de primer orden para todo romanista, que viene a reemplazar en nuestro instrumental bibliográfico no sólo la *Gramática histórica italiana* de Meyer-Lübke, publicada en 1890, sino también el práctico y genial librito de Bertoni, *Italia dialettale* (1916). Porque nos ha dado Rohlfs

<sup>12</sup> GERHARD ROHLFS, *Historische Grammatik der italienischen Sprache und ihrer Mundarten*. Francke, Bern, 1949-1954; t. 1, Fonética, 548 pp.; t. 2, Morfología y Sintaxis, 586 pp.; t. 3, Sintaxis, Formación de palabras e Índices alfabéticos, 434 pp.

tanto, y estoy por decir más, una dialectología que una gramática histórica, aunque la gramática histórica y la lengua literaria queden también atendidas en su libro con amplia abundancia. Y conviene asimismo advertir que aunque en términos generales quedan sustituidas las dos obras citadas, no va a hacer superflua del todo su consulta futura, pues además de que pueda en algún caso ser preferible la doctrina de sus dos antecesores, la misma enorme densidad del libro nuevo constituirá en ocasiones un estorbo frente a las admirables cualidades pedagógicas del Meyer-Lübke y el Bertoni, y además en éstos se hallarán de vez en cuando datos importantes que faltan en Rohlfs, sobre todo de carácter bibliográfico, en el segundo, y documentación del antiguo idioma escrito, en el primero. Por otra parte, Rohlfs ha puesto en nuestras manos algo incomparablemente más rico y más preciso que lo que nos daban aquellos dos filólogos, un verdadero tesoro de lengua y mentalidad lingüística italianas; y si los ha rebasado inmensamente en la cantidad de hechos abarcados, no los supera menos en la modernidad y sabiduría de su interpretación de los mismos, ni en la autenticidad y vida del material estudiado, tantas veces dudoso, libresco o artificial en aquéllos, y siempre rigurosamente cotejado con un conocimiento extensísimo, fresco y lozano del lenguaje vivo, en el libro que comentamos.

¿Vale la pena analizarlo extensamente en una revista de filología hispánica? Hora es ya de que la lingüística hispánica oree más sus trabajos abriendo bien las ventanas al exterior, y conozca y juzgue críticamente las obras básicas dedicadas a los demás romances, cuanto más el italiano, con el cual existen tantos paralelismos y con el cual hubo convivencia tan íntima, antes, durante y después del siglo xvi. Para probar la utilidad que tiene el libro de Rohlfs me bastaría citar algunos artículos de mi *Diccionario etimológico* en que la consulta de esta obra me ha proporcionado los elementos decisivos para resolver el problema: *pichón* (cf. Rohlfs, § 283), *capichola* y *cháchara* (§§ 275, 290, 291), *chulo* (§ 1084), *mezquino* (§ 130), *miul* (§ 1081), etc. Acerca de la *u* de *jugár* y de sus congéneres dialectales de Italia deberá confrontarse el § 131; para *enebro juniperum* véanse los numerosos ejemplos italianos de *JU-* > *JI-* en el § 132; acerca de la *ie* de *nieve*, el § 51. Del paso castellano de *F-* a *h-* vemos ahora que se reproduce en muchas hablas calabresas, y alpinas, de Lombardía y del Véneto (§ 154); el cambio de *v-* en *b-* está extendidísimo en casi toda la Península vecina (t. 1, 283), y si bien es en condiciones en parte nuevas para nosotros, estas mismas diferencias pueden ilustrarnos acerca de las causas generales del fenómeno. Todavía más aclarador resulta lo que aprendemos sobre hechos más peculiares, como el cambio esporádico de *s-* en *z-*: *azufre-zolfo*, etc. (t. 1, 280-281), o en el de *c-* en *g-* (t. 1, 251). Géneros anómalos y extraordinarios como el femenino del cast. ant. *puente* o el masculino del cat. arcaico *font* (en nombres como *Fontserè*) pierden su carácter excepcional e incomprensible si los colocamos en el conjunto de hechos análogos descritos por Rohlfs en el § 391. Ante los muchos casos paralelos del italiano (t. 1, 71) confirmamos que la falta de diptongación en las formas verbales cast. *es* y *era* se debe realmente a una antigua pronunciación átona. El aislado y rarísimo desarrollo del artículo *ille* en Sobrarbe como *ero*, *era*, deja de ser enigmático e inexplicable cuando vemos que

una evolución igual, y no menos sorprendente dada la fonética local, se ha producido en hablas de varios puntos del país vecino (t. 2, 130, 135, 137). Podría extenderme mucho más por el mismo camino, pero esto basta, y ya tendré ocasión más abajo de insistir en temas análogos.

Hay pocos filólogos extranjeros que puedan alabarse como Rohlfs de un contacto tan amplio y prolongado con la realidad viva de la abigarradísima Italia dialectal. Recuérdense sus campañas en el Mezzogiorno para el Atlas lingüístico de Jud y Jaberg, para su propio *Dizionario dialettale delle tre Calabrie*, para sus múltiples y penetrantes estudios de la simbiosis greco-italica en la Magna Grecia medieval (con obras de consulta como el *Etymologisches Wörterbuch* y la *Historische Grammatik der unteritalienischen Gräzität*, los *Scavi linguistici nella Magna Grecia*, *Autochthone Griechen oder byzantinische Gräzität* y otras muchas), para sugestivos estudios de antiguallas léxicas y gramaticales (*Dorische Sprachtrümmer in Unteritalien*, 1923; *Die Quellen des unteritalienischen Wortschatzes*, 1926; *Zur Entwicklung von -LL- im Romanischen*, 1929; *Vorlateinische Einflüsse in den Mundarten des heutigen Italiens*, 1930; *Mundarten und Griechentum des Cilento*, 1937), para la averiguación de antiguos contactos lingüísticos de la zona con tierras isleñas, alpinas o pirenaicas (*Galloitalienische Sprachkolonien in der Basilicata*, 1931; *Sprachliche Beziehungen zwischen Sardinien und Süditalien*, 1937; etc.) o para la preparación de las tesis de sus numerosos discípulos (monografías de Ilse Freund sobre Ischia, y de otros tantos entre los cuales me bastará citar un nombre tan destacado ya como el de Lausberg). Se preguntará quien lea esta incompleta lista si el autor no disponía de un conocimiento mucho más vivo y directo del Mediodía de Italia —zona que tan primordialmente interesa a los hispanistas— que del resto de la Península. Pero desde 1941 sus correrías dialectales e intereses lingüísticos se desplazaron al centro del país, escribiendo un libro sobre las hablas de Córcega y realizando encuestas en las pequeñas islas tirrenas (Elba, Giglio), en Umbria y en Toscana, sobre todo en las comarcas toscanas del Noroeste (Garfagnana, Lunigiana), situadas en la estratégica encrucijada dialectal con la Emilia y la Liguria. Queda, por cierto, la Alta Italia, desde antiguo niña mimada de los romanistas, pero justamente esta circunstancia hacía menos necesario el que Rohlfs la transitara<sup>13</sup>, ya que podía disponer del lujo inmenso de trabajos dialectológicos previos que hacen de este país el mejor conocido de la Romania. La impresionante lista bibliográfica de las pp. 21-35 y la lectura rápida de cualquier capítulo mostrarán al primero que tome el libro el ardor con que Rohlfs se ha entregado durante largos años a extractar un número casi ilimitado de fuentes escritas de la Italia septentrional y central, que compensan sólidamente el carácter más inmediato de su contacto con las hablas meridionales. No diré con ello que así haya logrado un equilibrio geográfico perfecto, pero sí que se ha acercado a esta meta hasta donde da de sí la vida de un hombre.

Creo que raramente se podrá coger en falta la información de Rohlfs.

<sup>13</sup> Sobre un dialecto septentrional no recuerdo de él otro ensayo que el de *ASNS*, t. 177, 28-41, acerca del habla interesantísima de Livigno, en la cabecera de la Valtelina, por lo demás fundado exclusivamente en fuentes escritas.

Claro que si acaso tendrá que ser en el Norte de Italia. Y aun allá se tratará de datos incompletos más que erróneos. He aquí dos cuestiones que interesan especialmente al hispanista.

§ 238. Asegura Rohlf's que en toda la Alta Italia, y aun en zonas del centro del país, la -RR- se ha reducido a sencilla, e insiste con razón en lo notable del fenómeno, en contraste con el hecho de que otras lenguas romances que también simplifican las consonantes dobles, han mantenido sin embargo la distinción entre -RR- y -R-, como la lengua de Occidente y los tres romances ibéricos; agrega que en el Norte de Italia la simplificación de -RR- debe de pertenecer a otra época que la de las demás geminadas, pues en Milán la vocal que precede a -RR- se pronuncia larga, mientras que es breve la que antecede a las demás consonantes dobles; lo cual, faltando otros datos y aclaraciones, todo el mundo entenderá en el sentido de que la confusión entre -RR- y -R- es anterior a la simplificación de las demás geminadas, pues habiendo desaparecido éstas como tales, siguen, sin embargo, causando una brevedad extraordinaria de la vocal anterior. Por lo visto, han escapado a su atención los varios trabajos en que Sganzini y otros dialectólogos han señalado la conservación de -RR- y -R- distintas en varios parajes de los Alpes lombardos: en la Val Verzasca (Tesino) se pronuncia como resultado de aquélla un fonema [Ṛ] que, a juzgar por los datos de SGANZINI, debe de ser muy semejante al sonido hispánico (*Festschrift Jud*, 717-736; *VR*, 2, 93-94; *ID*, 10, 277, n. 5): las largas listas de ejemplos muestran que la distinción entre [Ṛ] y [r] es sistemática y rigurosamente etimológica, correspondiente ésta a -R- y -L- intervocálicas, y R final y ante ciertas consonantes; aquélla responde siempre a -RR- (y a algunos de los grupos de R + cons.), y, cosa notable, es también la representación normal de la R inicial: luego identidad con la distribución hispánica (en muchos puntos de España la R preconsonántica es casi tan vibrada como la rr). Confirma el hecho OSKAR KELLER respecto de otros puntos de la Verzasca (*RHe*, 3, 111-112), y observa que lo mismo han notado Stampa en Val Bregaglia y Scheuermeier allí y en la Mesolcina. En otras localidades vecinas a los lagos Mayor y de Como (Val Vedasca, Germasino) notó Sganzini una distinción perfectamente paralela entre una [Ṛ] velar y la [r] dental corriente, sucedánea aquélla de -R- y -L-, ésta de -RR- y R- (es decir, hay sustitución secundaria de los sonidos [Ṛ] y [r], sustitución de la misma naturaleza que la ocurrida en Provenza, pero en sentido contrario al de allí), y con esto pueden tener que ver las alteraciones parciales de ciertas r que observó O. KELLER en otras partes del Tesino (*RLiR*, 13, 215-217). Agrega además Sganzini que en todo el Nordeste de Lombardía (triángulo Milán-Novara-Varese) la -r- correspondiente a la [Ṛ] de Val Vedasca ha desaparecido o se encuentra envanescente, mientras se conserva firme la correspondiente a la r dental de aquel valle, condiciones que se repiten más al Sur en casi toda la Liguria; en cambio, en el extremo occidental de esta región reaparece la distinción de tipo hispánico y tesinés. De lo cual se deduce que no sólo la distinción entre -RR- y -R- no es ajena a la Alta Italia, sino que debió de ser general allí hasta fecha relativamente avanzada, de suerte que la prolongación vocálica del milanés deberá interpretarse más bien como una

especie de compensación cuantitativa de la reducción reciente de *-rr-* a *-r-* y no como indicio de una desgeminação más antigua que la de las demás consonantes dobles. También en la mitad Norte del territorio occitano, que hoy confunde los dos fonemas, persisten islas de distinción (hacia las cuales han llamado la atención Schüle y otros), y el francés estrictamente hablando distingue perfectamente entre *-rr-* y *-r-* hasta cerca de fines de la Edad Media: columbramos pues una época, muy posterior a la simplificación de las oclusivas geminadas, en que toda la Romania occidental practicaba una distinción entre *erre* y *ere* igual o muy semejante a la iberorrománica.

§ 291 (p. 341). En la Alta Italia la *-s-* intervocálica se vuelve en todas partes sonora; pero, observa Rohlfs, forma excepción la posición tras AU, en que se conserva la sorda, por ejemplo [kósa] *causa*, con *s* sorda, forma que Rohlfs localiza explícitamente en las cinco grandes regiones del país. Los muchos que hayan oído pronunciar [kóza] con sonora a italianos del Norte se inclinarán a creer lo contrario y creerán haber cogido al autor en error flagrante y capital. En realidad así Rohlfs como sus contradictores estarían en lo cierto. Sólo es lástima que aquél no haya matizado o detallado más su afirmación. Sabido es que las cuatro lenguas romances ibero-pirenaicas sonorizan tras AU la *s* y la *p* (*pauvre pobre, causa, cousa, cosa*, con sonora éste en cat. y en castellano antiguo) y sólo conservan sordas la *t* y la *c* (*coto, poco*), distinción a primera vista algo desconcertante, y sería interesante ver si las hablas alto-italianas adoptan una actitud más conservadora y radical en este punto. En realidad allí se pronuncia también *cosa* con sonora en Istria y Romagna<sup>14</sup>, en la mayor parte de la Emilia y del Piamonte, varios puntos de Liguria, de Lombardía, de las Marcas y aun de Toscana, y en las islas de Elba, Córcega y Cerdeña (*ALS*, 1599: *ALCors*, 355a, b; *dicc. de Sant'Albino, Mattioli, Foresti, Malaspina, Meschieri, Azzi*; el propio Rohlfs, t. 2, 336, da [cofe] en la Garfagnana), pero con sorda en la mayor parte de las hablas lombardas, vénetas, friulanas y ligués, en Bolonia y en el Norte piamontés (*ALS*, y *dicc. de Cherubini, Boerio, Peri, Annovazzi, Azzi, Coronedi, Pajello, Pirona*). Ante esta discrepancia frente al tratamiento ibero-pirenaico, y teniendo en cuenta que las formas *pòvero* y *osare* con *s* sonora se han hecho generales aun en italiano literario, ocurre la idea de que el alto-it. *cozza* con *s* sorda pueda ser una importación del toscano, como las que tanto abundan en todas las hablas norteñas modernas y que han llegado a deformar totalmente el veneciano actual. Pero hay que descartar la idea, por una parte ante el hecho de que el friul. *ciosse* presenta un tratamiento manifiestamente autóctono, y sobre todo atendiendo a que el área de la sorda coincide *grosso modo* con la de *causa* en los representantes de *ausare, pausare* y *clausus*, -a, lo cual revela realmente un tratamiento fonético: milan. *possà, volsà, resgioso*, alto-luganés *vossà* o (*v*)*ulsà* (*VR*, 7, 28), Brescia *olsà*, Vicenza *possada*, Cremona *poussada*, venec. *ossar, possada*, friul. *olsà* o *aussà* y *polsà*; en tanto que hallamos sonora, en forma perfectamente consecuente, en el romañol *osè, posè*, parm. *posar*,

<sup>14</sup> Aunque puede ser que el romañol antiguo *consi* (ROHLFS, t. 2, 43) se pronunciara con sorda.

mirandol. *ciosa* (c l a u s a), ferrar. *posà*, monferr. *ciosa*, Como *posà*, *ciòsa*. Existe, pues, una isoglosa de AUS, de contornos por cierto algo complicados, que parte la Italia superior en dos mitades. La afirmación de Rohlf's, en conclusión, distaba mucho de ser falsa, pero era incompleta, y podemos asegurar que no nos hubiera dejado ignorar esta complejidad de los hechos en caso de haberse tratado del Mezzogiorno.

Salvando estas lagunas, que se encuentran forzosamente en toda obra humana, el libro de Rohlf's nos ofrece un cuadro completo, total y detalladísimo, de la Italia dialectal, y aun de la lengua literaria antigua y moderna. Se impone, sin embargo, una distinción entre estas dos partes de su tarea. Por lo menos en cuanto a la Fonética se refiere, frente a la abundancia abrumadora de la información dialectológica, la lengua común y literaria queda un poco en la penumbra. Así la evolución histórica se traza sobre todo *a priori*, mediante la comparación con el latín, con un par de puntos de referencia medievales, y por lo demás a base de la distribución geográfica de las áreas fonéticas dialectales, por un método muy caro a los lingüistas italianos y a todos los especializados en la Península apenínica. Es natural, por lo demás, que allí hayan alcanzado esta preponderancia tan grande los métodos de geografía lingüística, dada la riqueza y variedad estupendas de ese mundo dialectal, con las cuales no pueden compararse las del galorrománico y menos todavía las de la otra gran península romance. Pero Rohlf's extrema algo la nota: parece como si retrocediera sistemáticamente ante el análisis fonético de los textos antiguos, desconfiando sin duda de posibles latinizaciones o toscanizaciones, y prefiriendo atenerse a los hechos palpables y bien autenticados que le entrega la dialectología actual. Es claro en este sentido el contraste frente al libro de Meyer-Lübke, enriquecido con tanto dato antiguo, orientador y utilísimo. No hay que discutir que el gran maestro neogramático se equivocó algunas veces precisamente por culpa de esta documentación antigua. Pero también es cierto que en conjunto procedió con gran tino, pese al carácter turbio de las fuentes que utilizaba. Y ahora que disponemos de ediciones mejores, de ciertos textos más espontáneos, y en general de una riqueza de fuentes mucho mayor, no hay duda que sería posible utilizar copiosamente los textos antiguos, controlados, eso sí, mediante la dialectología y demás métodos de que dispone el lingüista a medio siglo xx, y sacar de ellos mucho más de lo que ha sacado Rohlf's, y aun mucho más de lo que sacó Meyer-Lübke. No hay duda que un análisis penetrante y cuidadoso de todo esto habría ahorrado a Rohlf's y ahorraría a muchos de sus colegas, aun los italianos, tantas interpretaciones aventuradas y tantas discusiones y polémicas que amenazan con no terminar nunca.

Lo cierto es que no tenemos un Menéndez Pidal italiano, ni existe allí un libro como sus *Orígenes*. Esta escasez de trabajos previos es una buena disculpa. También lo es la falta de un diccionario histórico italiano a la moderna, un diccionario en que se acabara con la cita de fuentes turbias o sospechosas, como los Sermones de Fra Giordano da Rivalto (que tantas veces encabezan los "históricos" de las voces italianas), en que no se citaran vagamente tantas *Rime antiche* o tantos *Statuti* difíciles de fechar, ni se aprovecharan las citas de *testi a penna* vistos sólo por Redi u otro "cruscante" seiscientista poco escrupuloso.

Pero así y todo no dejamos de disponer de un gran número de fuentes medievales que manan muy puras y espontáneas, y "lingüistas-archiveros" tan finos y eruditos como Aebischer nos han estado proporcionando en los últimos años una multitud de datos precisos y perfectamente aquilatados que nos resultarían mucho más instructivos y tranquilizadores que las especulaciones geográfico-lingüísticas a que tantas veces se nos reduce. Sabemos ahora que el pronombre personal átono *ci* ya figura, no sólo en muchos textos del siglo XIII, sino también en uno de 1174 y aun quizá ya en 1152 (AEBISCHER, *ZRPh*, 67, 255-256), y esta seguridad es preciosa en vocablo tan importante y de origen tan oscuro. Más orientadora quizá que las variantes dialectales *si* y *nci* en que se detiene el libro comentado. Pero atiéndase a que la Morfología de Rohlfs es ya bastante rica en documentación antigua (*ci* lo documenta él desde 1211), y podríamos felicitar al autor si su Fonética estuviese en este sentido a la misma altura. El hecho es que, en esta parte, sólo de vez en cuando damos con algún dato sacado de Dante, Petrarca o Boccaccio, y rarísimamente aparecen informes de otros (Sacchetti, Zannoni, Straparola, Boiardo o la Crestomatía de Monaci). Esto es todo: nunca explota las colecciones diplomáticas, tan ricas en Italia, y que tantos jalones precisos le hubieran podido proporcionar. En los dos últimos tomos, en compensación, las citas de estos autores y de otros muchos (B. Latini, Barsegapè, Basile, Bandello, Ariosto, Firenzuola, Goldoni, el *Novellino*, la *Mandrágora* de Maquiavelo, el antiguo Ejemplario veneciano, etc.) son abundantes por suerte, y de primera mano, y no sólo nos confiere todo esto mayor seguridad, sino que proporciona al libro un sabor de cosa viviente y animada que nos compensa del inmenso desierto de arena dialectal que acabamos de recorrer.

El dialecto local parece ser la única pieza de convicción digna de examinarse para juzgar la evolución de los sonidos. Y así se corre el riesgo de exagerar el valor de ese testimonio. Se le ha echado en cara a Rohlfs que en su libro las hablas populares y la lengua literaria viven juntos pero ignorándose, como los dos ingleses del chiste, náufragos en una isla desierta, que convivieron allí y solían saludarse atentamente, pero sin hablarse nunca por no haber sido presentados. El dialecto habría vivido puro desde los tiempos romanos, de espaldas a la *lingua*, y tan libre de la influencia de ésta como ésta de la de aquél. Es exagerado: Rohlfs es el primero en conocer la falsedad total de esta idea, e insiste a lo largo de su obra en la repetida acción recíproca y perturbadora entre lengua y dialectos. Llega incluso a extremar en sentido opuesto, como veremos, cuando tantas veces se niega a buscar dentro del idioma escrito toda explicación interna de las complicaciones fonéticas; pero sí me siento inclinado a sospechar a veces que a las hablas populares les atribuye un poco más de independencia frente a la lengua común que la que han tenido en realidad.

Esta preponderancia excesiva de lo dialectológico no es el único defecto de la Fonética. El volumen es excesivamente denso en detalles, amazacotado. Sería injusto quejarnos porque el autor nos da mucho. Al fin y al cabo no perdamos de vista lo evidente: el libro está destinado a servir ante todo como obra de consulta, no como texto de lectura. Pero el autor, así y todo, hubiera podido tener más en cuenta el aspecto

didáctico de su labor, darnos unos conjuntos mejor digeridos, más profundamente elaborados, con una distribución más clara del material. No olvidemos que este tomo se redactó en 1943-1944, cuando la Alemania occidental estaba sometida a un régimen horroroso de bombardeos. Era inevitable que algo de esto trascendiera a la obra. Bastante hizo ya el autor al darnos un vasto conjunto de hechos perfectamente comprobados, nuevos en gran parte, y distribuidos en secciones fáciles de encontrar, aunque estén sin gran trabazón orgánica. Los párrafos iniciales 1-12, que nos ponen ante hechos tan notables y a cuyo descubrimiento Rohlfs contribuyó tanto, son de una complejidad tremenda, en que es muy fácil perderse del todo<sup>15</sup>. En todas partes el autor deja al lector demasiado trabajo por hacer. Hay párrafos de contenido absolutamente heterogéneo, como el § 15. Junto a una fronda riquísima de pormenores ciertos pero menudos, olvida demasiadas veces poner de relieve la tendencia orientadora, el gran hecho decisivo, y aun a veces la idea central de que parte él mismo: en el § 138 se nos dan tantos ejemplos de síncope en los esdrújulos, tan insistentemente se observa que ciertos esdrújulos sólo se conservaron por influjo latino, que acaba por perderse de vista que el toscano es una lengua esencial y espontáneamente conservadora en este aspecto, que se ha apartado mucho menos del tipo latino que los demás romances: ni una palabra se dice ahí de este contraste, y ni siquiera se hace resaltar con bastante claridad la oposición relativa que ya presenta el Noroeste del país frente al Sur. En el t. 3, 161, al tratar de las expresiones de la idea de 'a menudo', Rohlfs se detiene en la explicación de la forma dialectal *sovenço, suèns*, pero no habla para nada del literario *sovènte*, y en el t. 1, 119, y t. 3, 368, aunque nota sus anomalías fonéticas, se olvida de decirnos que *sovènte* es préstamo galorrománico, lo que hubiera debido ser el punto de partida para juzgar la alteración *sovenço*; para éste forja Rohlfs un lat. vulg. \**subentius* (cruce de *subinde* con *frequentius*), pero antes de evocar este fantasma hubiera debido acordarse de que *sovènte* es una importación de Francia, y buscar en Francia, por consiguiente, la madre de *sovenço*, que todo el mundo reconocerá en el oc. ant. *sovens*, variante con -s adverbial (véanse tres ejemplos en el dicc. de Levy).

En la Fonética, la complejidad de los hechos estudiados es tan grande que acogemos con hondo respiro los párrafos dedicados a la síntesis y resumen de todo un capítulo (como los §§ 96, 117, 212), y con todas veras echamos de menos el que no lo haya hecho así a cada paso. Es evidente que esta obra ha de merecer una segunda edición que la mejore mucho. Es en el sentido de la claridad y simplicidad en lo que Rohlfs o quien se encargue de ella tendrá que esforzarse más. Desde ahora podría publicarse una síntesis en que la obra se concentrara en un tomo, reduciéndola a las grandes líneas básicas, podándola en gran

<sup>15</sup> V. PISANI y H. LAUSBERG, en sus reseñas de *Paideia*, 6, 57-66 y *ZRPh*, 67, 319-332, han vuelto a exponer, en forma mucho más clara y simple, en parte con diagramas, estos hechos complejos y fundamentales del tratamiento de *i*, *ü* y demás vocales cerradas, y de las acciones metafónicas a que están sujetas estas vocales en el Sur de Italia. Piénsese lo que se quiera de su interpretación (harto audaz y subjetiva la de éste, muy persuasiva *prima facie* la de aquél), ambos estudios contribuyen muy felizmente a introducir la claridad en esta nebulosa.

parte de los lujuriantes capítulos puramente dialectológicos, y subrayando fuertemente el desarrollo de la lengua común. Adviértase que estoy muy lejos de decir que estos capítulos no sean muy importantes, pero ahora que ya los tenemos urge volver por los fueros de la unidad y concentración, y no dude Rohlfs que esta concentración le hará ver a él mismo ciertas coherencias y nexos causales que así se pierden o pasan inadvertidos.

El lector respira al pasar de la Fonética a las otras partes, escritas sin duda después de la guerra, en las cuales vivimos en una atmósfera más perspícua. Sin duda también ahí, y sobre todo en la Sintaxis, tenemos a veces una distribución algo mezclada y no muy orgánica del material, como una masa de observaciones y papeletas distribuidas en una infinidad de casillas minúsculas. Pero en la Fonética el daño que esta mala distribución producía era ciertamente más grave. También es verdad que es en la Sintaxis donde más se nota que el autor es un extranjero, de lengua no romance, y se le puede sorprender más de una vez entendiendo mal una frase que cita<sup>16</sup>. Pero no es cosa frecuente, y esto en ninguna manera debe hacernos perder de vista que estamos ante una masa inmensa de material pertinente, vivo, auténtico y casi siempre bien entendido. Los dos últimos tomos nos dejan la impresión agradable de una masa viva, de algo fresco e instructivo, de un libro que ya no es solamente de consulta, sino de lectura interesante y no carente de estímulo. Y al mismo tiempo estas partes son más históricas y menos dialectológicas que la Fonética, la lengua literaria desempeña allí el papel preponderante que le atañe, y escasean mucho más las interpretaciones hondamente discutibles y polémicas, nada raras en el primer tomo.

Con esto pasamos a otro punto de vista. Dejando aparte el aspecto didáctico, sin duda susceptible de mejora, y encarando el fondo doctrinal, hay mucho que alabar en la obra, y varias reservas que hacer. A la vista está que Rohlfs tiene razón por lo general al rectificar las enseñanzas de Meyer-Lübke, por ejemplo cuando éste pretende que la *g* pretónica ante *a*, *o*, *u*, desaparece en toscano antes del acento (§ 217); no menos seguras ni importantes son las rectificaciones a Meyer-Lübke contenidas en el t. 1, 233 n., 262 n., 356 n., 423, t. 3, 79 n. 2 y otras muchas; o las que hace a Bertoni en el t. 1, 453, y t. 2, 314; a Melander en el t. 2, 199; a Grandgent en el t. 2, 32-34. Frente a Merlo es natural que lleve razón muchas veces, dada la tendencia de este dialectólogo a interpretaciones personalísimas (basta citar t. 1, 343, 453, 454 n. 1); son irrefragables los hechos que opone a la audaz teoría de Wartburg sobre el origen germánico de la diptongación galorrománica (t. 1, 67 n.) o a la insostenible base \**c a p s e a* del fr. *caisse* y congéneres. Y aquí fácilmente podría extenderme mucho más, porque la doctrina de Rohlfs, en términos generales, se distingue hoy por lo juiciosa y ecléctica entre las de nuestros colegas.

Por otra parte, el libro contiene ideas nuevas, a veces muy nuevas, que parecen sugestivas y convincentes. Llama la atención Rohlfs (t. 1,

<sup>16</sup> Para estas enmiendas me limitaré a remitir a las excelentes reseñas de lingüistas italianos como la de BOTTIGLIONI, *Conv*, 1951, 443-448, y la de PISANI, a cuyas inteligentes apostillas me he referido ya.

65) acerca del paralelismo con que *pŭlīcem*, *cīmīcem*, *līmītem*, *ŭlīcem* son tratados en el Sur de Italia abreviando la vocal tónica, como si fuesen *\*pŭlīcem*, *\*cīmīcem*, etc., y plantea el problema de si hay relación con el cambio de *īlicem* en [el̥ce] y de *fīcatum* en [f̥égato], vocalismos tan extendidos en la Rumania, lo cual conduciría a suponer que ya el latín vulgar tuviera tendencia a abreviar la vocal antepenúltima si estaba acentuada. O, más claramente, la antepenúltima de los proparoxítonos. No sabemos si la idea partió de Rohlfs o de su discípulo Lausberg, quien ya agrupó algunas de estas palabras, agregando los casos paralelos de *pŭmīcem*, *sŭberem* y *mŭricem* (*Die Mundarten Südlukaniens*, 17, n. 29, y cf. pp. 64-65; acerca de *muricem*, véase además *DCEC*, s. v. *malecón*). Sea como quiera, hago notar que hay esparcidos por toda la Rumania muchos casos paralelos: *\*lŭridus* (fr. *lourd*, etc.), *\*tŭfera* (cat. *tòfera*, *tòfona*, véase *BDC*, 19, 37-38; *DCEC*, s. v. *trufa*), *\*sŭcidus* (it. *sozzo*, oc. *sotz*, Rohlfs, § 33), *\*frīgidus* (it. *freddo*, fr. *froid*, etc.), *\*vŏmerem* (it. *vòmere*, sic. *vòmmarà*, arag. *güembro*), *\*jŭnicem* (cat. *jòneg*, *jònega*), *\*mŭcidus* (fr. *moite*), *\*vītīcem* (it. dial. *vétice*, it. *vétrice*; para la *ī* del clásico *vītēx*, derivado de *vītis*, véase ERNOUT-MEILLET), *\*insŭbulum* (fr. *ensouple*, etc.; para la *ū* primitiva, véase *DCEC*, s. v. *enjullo*), *\*rŭdera* (arag. *enrona*, *DCEC*, s. v. *enruna*), *\*līmīcem* (port. *lesme*, *lesma*, en vez de *līmācem*, véase *VR*, 13, 370), *\*mītīa* (it. *pera mezza*)<sup>17</sup>. Unas de estas formas suelen explicarse por variantes oscumbrias, otras por cruces o contaminaciones, otras admitiendo en latín una cantidad arbitraria y otras en fin se dejan sin explicación. Lo que hace muy sospechosa la explicación a base del oscumbro es que no sólo las supuestas variantes en *ē*, *ō* no están documentadas en este idioma; sino que ni siquiera nos consta en casi ninguno de estos casos que vengan de un diptongo indoeuropeo (véase por ejemplo ERNOUT-MEILLET, s. v. *ilēx*, *suber*): es por lo tanto una hipótesis enteramente gratuita admitir que estemos ante el caso de *dēlērūs* por *dēlīrūs*; por el contrario, en varios de ellos podemos estar bastante seguros de que en oscumbro había *ū* o *ī* (*junix*, *suber*). Y por otra parte es increíble que, si el fenómeno se repite tantas veces en vocablos de una misma estructura rítmica, sea esto por una mera casualidad. Me inclino a creer, por consiguiente, que deberemos borrar del diccionario etimológico los supuestos osquismos del tipo *\*pŏmēx* y relacionar todo esto con la conocida ley de fonética latina en cuya virtud no se permitía la acentuación circunfleja de los esdrújulos, y se cambiaba *sī + quīdē*

<sup>17</sup> Quizá también *\*stīvula*, it. *stégola*, desde donde la *i* se habría propagado al primitivo *stīva* (*\*stīva*, iberorrom. *esteva*); de un *\*bŭcīna* por el clásico *bŭcīna* pudo salir la *o* del cast. *bocina*, etc.; y acaso desde *frŭmen* se propagaría la *ū* a *\*frŭmentum* (fr. *froment*, etc.), por *frŭmentum*. En cuanto a que el cat. *fira* y el it. *fiera* correspondan análogamente a un *\*fĕria* por *fĕria*, lo dudo mucho más (véase *infra*, p. 172). Las formas dialectales del Mezzogiorno que corresponden a un tipo aparente *fĕlicem* por *filex* y *fĕcatum* por *ficatum* (Rohlfs, t. 1, 65) más bien carecerán de relación con todo esto y con el *\*lŏridus* supuesto al parecer por el cast. *lerdo*, sic. *lordu*, cal. *luordu* (Rohlfs, t. 1, 151), y el *\*junĕperum* que parecen suponer el fr. *genièvre* y el cat. dial. *ginĕbre* (en otras hablas *ginĕbre*).

en *siquidem*, y asimismo *tūquidem*, *mēquidem*, etc. (véase LINDSAY-NOHL, *Die lat. Sprache*, p. 250).

En otras partes de su libro señala Rohlfs hechos sumamente curiosos; tan curiosos que, aun cuando no les da una explicación (o si la da, no satisface), nos tienta a nosotros a buscarla. En toda la zona desde la Basilicata hasta la Umbria y las Marcas se distingue entre un artículo neutro *lo* y el masculino *lu*: *lo male*, pero *lu patre*; como neutros cuentan muchos neutros latinos (*vinum*, *ferrum*, etc.), pero también algunos masculinos que designan materias concebidas colectivamente, sin plural (*pane*, *sangue*, etc.), y además infinitivos, adjetivos y adverbios sustantivados, es decir, una categoría lógica realmente neutra y claramente delimitada. La distinción se practica ya consecuentemente en los textos medievales de la región. Y se observa además, en las hablas que han confundido modernamente la -o y la -u en -ə (o en -o), que en esta región son casi todas, que cuando estas palabras pertenecen a la segunda declinación latina, las "neutras" debieron terminar primitivamente en -o y las "masculinas" en -u, pues así lo indica la metafonía, que sólo estas últimas presentan: [killə] 'aquél', pero [kellə] 'aquello', [pino] 'lleno', pero [veſto] 'esto' y [veſlo] 'aquello' (tal como se distingue *allōco* *illōco* de *fōco* *fōcus*). Ahora bien, un neutro en -o resulta inaudito e inconcebible en latín y de -o primitivo ha de tratarse, no de ū ni de u<sup>18</sup>, pues justamente ésta es la única pronunciación que tenemos derecho a suponer para los masculinos, según los hechos conocidos. La explicación morfológica que para este enigma sugiere Lausberg (*loc. cit.*) es complicadísima, y parte del supuesto inverosímil de que los hablantes cambiaron arbitrariamente el timbre para salvar la flexión bi-casual, de la cual no hay noticia alguna en el Sur de Italia, y ni siquiera hay prueba alguna de que las formas *lupus* y *lupos*, cuya distinción se trataría de salvar, existieran allí en época romance: por el contrario, sólo se conservó allí *lupi* y probablemente *lupum*. Más verosímil parece partir de un \**illoc* (análogo de *hoc*), como supuso Merlo, y aun podría admitirse que desde este \**illoc* se propagara la o a los neutros sustantivos o sustantivados. Sin embargo, ésta es también una hipótesis sin asidero en la realidad conocida. Si algo nos recuerdan estos neutros en -o son los neutros griegos como *ἄλλο*, *τοῦτο*, etc., y más todavía la oposición eslava entre los masculinos y los neutros correspondientes a la segunda declinación latina: *vlŭkŭ* 'lupus' frente a *igo* 'jugum'.

Por otra parte, el propio concepto gramatical del neutro es de época indoeuropea y no de época romance. Y estamos precisamente en una zona que se superpone exactamente con la del sustrato oscoumbro, coincidiendo sus fronteras septentrionales con los límites frente al etrusco

<sup>18</sup> El caso de las primeras personas del plural de los verbos, en -MUS, que, a juzgar por la falta de metafonía, parecen corresponder a una base en -MO, está aparte de todo esto, y se le puede hallar una explicación independiente. También en catalán y en lengua de Oc la fonética histórica nos conduce a postular una base en -MO para esta persona, pues *amamus* habría dado *amams* y no *amam*, que es lo existente. Tiempo ha que se ha visto que hubo de cambiarse -MUS en -MO conforme a la desinencia -o de la primera del singular, por una analogía proporcional: *amo*: \**amamo* = *amas*: *amatis*. Luego -o característica de la primera persona (plural y singular), como -s lo es de la segunda.

y el latín y las meridionales con los límites frente al mesapio y el griego. ¿No estaremos, pues, ante una distinción gramatical heredada del oscumbro? Es una idea que se presenta naturalmente, por más que nos falten elementos en qué apoyarla. Nuestro conocimiento del sistema pronominal de estos idiomas itálicos es incompletísimo; sólo vagamente nos recuerda todo esto la oposición osca entre la *u* del masculino del relativo *pui* (k w o - i) y la *o* del neutro *pod* (k w o t). Nada semejante parece existir en el sustantivo ni el adjetivo, aunque podría admitirse, como hace Merlo, y como ocurrió en eslavo, que desde el pronombre se propagara la -o al nombre. En cuanto a los demás pronombres oscos, que sólo conocemos en pequeña parte, las partículas enclíticas enmascaran sus terminaciones originarias, y podríamos consolarnos pensando que pudieron existir también formas sin estas partículas y con la oposición -*ui*: -*od*, a la manera del relativo. Pero desde luego se trata de una hipótesis harto incierta y atrevida, en la cual quizá sea mejor no insistir, aunque no logro alejarla del todo de mi pensamiento. Lo que más me invita al escepticismo frente a ella es un hecho importante, que ni Rohlfs ni nadie parece haber puesto de relieve al estudiar estos hechos italianos, y es que en portugués y parte del leonés ha existido una distinción parecida entre el neutro y el masculino pronominales, por ejemplo entre *tudo* y *todo*, entre *isto* y *este*, *isso* y *esse*, *aquilo* y *aquele*, y aquí la acción metafónica nos invitaría justamente a admitir una oposición inversa a la suditaliana: neutro *t o t u* frente al masculino *t o t ũ*. ¿Hemos de concluir acaso que se trata de un influjo de la -*ɔ* de *i s t u d*, *i l l u d* frente a la -*u* en final absoluta del masculino acusativo *i s t u*, *i l l u* (donde la -*m* se perdió en fecha muy temprana)? Entonces la -*ɔ* habría actuado cerrando en Portugal y abriendo en el Sur de Italia, lo cual es concebible, y desde estos pronombres se habría propagado el timbre diferencial a *t o t u s* y al nombre. Esto es más razonable que la teoría de Lausberg, pues el idioma no inventa distinciones fonéticas *para* salvar formas flexivas, aunque sí puede aprovechar y propagar distinciones fonéticas *ya existentes* cuando así se salva una diferencia flexional o semántica; y si no las inventa, tampoco suele, con este objeto, tomar prestada la pronunciación de otros dialectos ni resucitar el fonetismo de las generaciones pasadas.

Hay en el libro de Rohlfs todo un conjunto de cuestiones eminentemente polémicas, en las cuales el autor toma una posición decidida, a veces extrema. Se trata de problemas que han venido discutiéndose entre especialistas, con calor y porfiadamente. Claro que la última palabra pertenece en ellas a los italianistas, mas quizá no sea inútil que un lingüista extranjero que ha venido siguiéndolas con el mayor interés diga ahí unas palabras de observador desapasionado.

Primeramente las referentes al sustrato. La actitud de Rohlfs en el asunto es hondamente crítica, o más bien escéptica. Muchas veces no vacilaría yo en darle la razón, por ejemplo cuando se trata del cambio de *rv* en *rb* (*serbare*, etc., t. 1, 437): ¿a qué echar mano del sustrato etrusco para explicar una vacilación que se da, en uno u otro sentido (port. *árvore* a r b o r, etc.), en hablas de toda la Rumania y de todas partes? Algunas veces incluso se muestra Rohlfs muy receptivo a la idea del sustrato, por ejemplo (t. 3, 371; t. 1, 427 n. 2) cuando se trata del

supuesto celtismo del cambio de *cr* en *it* y de la sonorización de las intervocálicas, según la reciente y brillante teoría de Martinet; ideas evidentemente muy discutibles, y sin embargo nos sorprende Rohlfs absteniéndose de toda objeción a las mismas. Pero quizá sea sólo con el fin de mostrar que no tiene formado un prejuicio sistemático contra las explicaciones de este tipo, y con el objeto de sugerir indirectamente a otros menos escépticos que, en casos de celtismo más probable, puede tratarse también de una mera apariencia. Y desde luego es seguro que en cuestiones de sustrato no se podrá llegar nunca a la unanimidad ni lograr demostraciones terminantes y absolutamente sin réplica. Pero sí hay que decir que Rohlfs se muestra ahí demasiado escéptico, y que no sólo sus objeciones (salvo en el caso aludido y alguno más) son todavía menos decisivas que las razones positivas, sino que en muchos casos hay una clara verosimilitud que nos autoriza a una aceptación provisional.

Entre ellos contaría yo los tres siguientes. Sus objeciones contra el carácter céltico de la *ü* cisalpina (§ 35) carecen de fuerza. Es ingenuo creer que ya los galos de la Antigüedad pudieran pronunciar una verdadera *ü*: hubo de tratarse de un cambio paulatino y de progresión lentísima. Entre la *u* toscana o española y la *ü* francesa hay muchos grados intermedios, como también existen muchas variedades de *ü*: la turca está a cien leguas de la francesa, la *y* galesa es todavía más diferente, y las del anglosajón y del retorrománico primitivo debieron de ser tanto más palatales que la galorrománica cuanto que pararon finalmente en *i*. Pero entre la *u* catalana o toscana y la *ü* francesa están, entre otras, la *u* (= *ou*) del francés actual, mucho más cerrada, tensa y aguda que aquellas, con proyección labial mucho más acentuada, y que en ciertas pronunciaciones individuales se acerca ya algo a sonidos del tipo *ü*; la *ü* gala pudo ser como una *ou* normal de la pronunciación actual francesa, y diferenciarse de la *ü* latina sólo en este matiz ligerísimo, que sin embargo llevaba ya en germen la evolución futura hacia el sonido mixto palatal: es forzoso admitirlo así cuando sabemos que la palatalización britónica no se había iniciado todavía en la Antigüedad, y Rohlfs atina al decir que la conservación velar de *c* y *g* ante *ü* muestra que los galos no la pronunciaban como *ü*, ¡pero esto no prueba que la pronunciaran igual que los romanos! Tampoco hay por qué creer que la palatalización se produjera con una misma celeridad en todo el ámbito de su área actual; por lo pronto, ya se ha notado que en las zonas occitanas más meridionales, donde *p ũ l i c e m*, pasando por *puuze*, llega a *püze* (o *püde*), la palatalización debió de consumarse más tarde que en aquellas otras donde hay disimilación en *piuze* (*pieuda*, etc.): nada de sorprendente en el hecho de que cuanto más al Sur vayamos la veamos consumarse más tarde. Y así tampoco extrañamos los hechos, señalados por Rohlfs, que sugieren una fecha tardía para la consumación del mismo hecho en el Norte de Italia, sobre todo en sus sectores más alejados de Francia; y desde luego esto tampoco prueba que en tales zonas no existiera desde un principio el embrión fonético de la tendencia.

En cuanto a *ND* cambiado en *(n)n* y *MB* cambiado en *(m)m* (y agréguese *LD* > *l'l*, *ul*), me inclino a dar la razón a Rohlfs cuando niega un influjo osco en estos cambios producidos en la Península ibérica. Primero y sobre todo porque la hipotética colonización osca del Nordeste

de España no se funda en mucho más que en una petición de principio; después, porque en este caso sí es difícil concebir una etapa intermedia, entre otras razones porque el cambio en *nn* era ya un hecho consumado en osco; cuando no se trata de un fonema extranjero, sino de una combinación extranjera de fonemas (existentes aun en la lengua vencida), ocurrirá una de dos: que los que cambian de lengua aprendan a formar la combinación o que no lo aprendan (y si lo aprenden, ¿por qué va a repetirse el fenómeno?), pero que se queden a medio camino es mucho más difícil de concebir en este caso que si se trata de aprender a formar un fonema totalmente extranjero, como *F* o *V* en territorio vasco-ibérico: en estos casos es mucho más probable que lleguen a formar una *F* pero de articulación floja o no labiodental, lo cual conducirá a la larga (tal vez después de siglos) a una aspiración o eliminación del fonema. Mas si no logran pronunciar *ND*, será indudablemente porque pronunciarán *NN*, y si esto último ocurrió en la Cataluña romana era forzoso que la *NN* procedente de *ND* parara finalmente en la palatal *ny* igual que la *NN* latina, lo cual no ocurrió. Por lo demás, se trata de un cambio facilísimo, que se puede repetir con gran frecuencia, y de hecho consta que se ha repetido en los lugares y épocas más diversos.

Las cosas cambian cuando pasamos a la Italia meridional. Ahí sí se trata de un sustrato de existencia indiscutible, y ahí no hay razón alguna para no creer que ya se pronunciara *NN* por *ND* en el latín provincial de la Antigüedad. En Cataluña y Gascuña no es cambio de sustrato, como no lo es en Valonia ni en Alemania, y ni siquiera quizá en Cerdeña, pero sí lo será en la Península italiana. Y las objeciones de Rohlfs (§ 253) no valen nada. La fecha de 826, en que él mismo lo documenta, es ya muy antigua, y los testimonios de Jacopone y de Buccio di Ranallo confirman que también era antiguo en Umbria y los Abruzos, como lo era en la Cava; que otros documentos de la zona no lo presenten, nada significa: así esto como la falta de testimonios (seguramente provisional) desde el latín pompeyano hasta el siglo IX, sólo puede mirarse como prueba del influjo del latín o del italiano literarios sobre los textos de la región. En cuanto al argumento de Rohlfs referente al tratamiento de *-NT-* en *-nd-*, de que éste no puede ser cambio de sustrato porque si fuese antiguo se habría confundido con *-ND-* latino, dando los dos *-nn-* (§ 257), tampoco tiene valor, pues si la gente de sustrato osco cambiaba inmediatamente *ND* en *NN* al aprender el latín, ya no se producía la confusión de los dos grupos latinos. Y por lo demás, es posible que inicialmente la *T* de *NT* no se hiciera sonora, aunque sí sorda lene. Desde luego, que el paso de *NT* a *nd* se deba al sustrato es ya algo menos seguro que en el caso de *ND*, aunque probable.

Finalmente, tampoco creo que tenga razón en el caso de la *gorgia* toscana. Admito que en este caso (como en los anteriores) no podemos dar seguridades. Pero los indicios positivos son fuertes, y las objeciones de Rohlfs (§ 196) no son pertinentes. Se necesita poca imaginación para objetar el que en etrusco se vean ejemplos de  $\chi$  y  $\theta$  tras consonante: puede esto tener explicaciones muy diversas, y por lo pronto sería como decir que formas del tipo del irl. *curchas* (= lat. *carex*), *do-rche*, *so-rche* o *to-mthach* prueban que la *ch* o *th* no se deben a una lenición intervocálica: salta a la vista que ante la consonante atacada de lenición se ha

perdido una vocal, y que el cambio consonántico se produjo antes de la pérdida; esto es evidentemente lo ocurrido en los casos etruscos de *Herχle* (< Ἡρακλῆς) y de *Θανχvil* (= lat. *Tanaquil*); por lo demás, en romance el fenómeno pudo quedar limitado a la posición intervocálica, más débil en romance, sin que por ello sea forzoso que tuviera esta limitación en etrusco. En cuanto a que las palabras toscanas en *ce* y *ci* (< *ce*, *ci*) prueben la falta de antigüedad de la aspiración, ya su propio discípulo Lausberg (*loc. cit.*) le ha mostrado a Rohlf s un camino para explicarlo de otro modo. Además, ¿qué sabe Rohlf s de la naturaleza exacta de las *θ* y *χ* etruscas? ¿Cómo asegurar que fuesen fricativas, como en el griego moderno? Más bien serían oclusivas acompañadas de una aspiración, como en el griego coetáneo, y esta aspiración pudo ser ligera en etrusco, y es probable que lo fuese mucho más en los etruscos que aprendían a hablar latín. Como siempre, el sustrato obraría ahí dejando una semilla levísima, germen que sólo en el curso de los siglos fue creciendo y transformando la oclusiva en fricativa, igual como en germánico se partió también de una oclusiva aspirada para llegar mucho más recientemente a la fricación; y ¿cómo iba a ser esta pequeña *h* intermedia un obstáculo a la palatalización de la *c* de *voce m* si no lo fue la *u* de *que o qui* en Rumanía y en el Sur de Italia? También en los dialectos alemanes hay palatalizaciones pese a la aspiración. Es curioso que Rohlf s termine, a manera de una *reductio ad absurdum*, asegurando que nadie pensará que la Lautverschiebung germánica (paralela a la *gorgia* toscana) sea debida a un sustrato no indoeuropeo. ¿Es un *lapsus*, como dice Lausberg? Así lo creo, pues no tengo a Rohlf s por bastante ingenuo para haber dado el menor crédito a las tonterías corrientes sobre los "arios puros" y demás. ¿Tendremos que recordarle a Henri Hubert, a A. Meillet y a tantos sabios alemanes que dan por segura la acción de un sustrato pre-indoeuropeo en la Lautverschiebung?

En una palabra, en materia de sustrato es muy sana la actitud crítica de Rohlf s, y tiene mucha razón al mostrarse escéptico ante la tendencia de Merlo y otros de extender mucho la aplicación de este principio; pero exagera en su escepticismo a todo trance. La verdad estará a medio camino de Rohlf s a Merlo. Ahora bien, algo parecido le ocurre a Rohlf s en otras cuestiones polémicas.

Y pienso en primer lugar en su teoría de la neo-romanización de Sicilia, Calabria y Pulla, que ha levantado reacciones algo indignadas en varios colegas del país. Le asistirá a Rohlf s buena parte de razón. Es verdad que la latinidad de Sicilia y de la Calabria meridional no produce un efecto muy arcaico, a pesar de lo apartado de estas zonas; sobre todo el léxico muchas veces es extrañamente parecido al toscano o al occitano-catalán. Las pruebas brillantemente reunidas por Rohlf s en favor de la fecha arcaica del griego otrantino y calabrés son irrefutables; también es seguro que la arabización de Sicilia fue considerable. No hay duda que estas tierras fueron luego ampliamente colonizadas desde el Norte, por gente de Italia arriba y por franco-normandos, y tampoco debe subestimarse la importancia de la aportación catalana en los siglos XIII-XV. Todo ello cambió a fondo el vocabulario local, haciéndolo más banalmente panromance, y aun pudo influir en pormenores fonéticos y gramaticales. Se trataba de tierras profundamente bilingües, que en gran parte se

romanizaron de nuevo en fecha bastante moderna. Pero hay mucha distancia desde ahí hasta afirmar que el latín se extinguiera en estas tierras gracias a la conquista árabiga, o que no llegara a arraigar junto al griego en la Magna Grecia. La gran cantidad de latinismos puramente locales de fonética arcaica (aun con  $\kappa\epsilon = \text{CE}$ ) que pululan en el griego calabrotrantino (véase el *Etym. Wb. der unteritalien. Gräzität* del propio Rohlfs), y que en gran parte son exclusivos de este dialecto, me parece probar, por el contrario, que el bilingüismo latino-helénico es antiquísimo en estas regiones. Y en cuanto a creer que el árabe llegara a desterrar de Sicilia el romance no me parece compatible con la duración relativamente corta del dominio musulmán (menos de dos siglos) ni con el gran número de romanismos que se ve en los diplomas árabo-sicilianos.

Todo hace creer que en Sicilia el árabe arraigaría aún menos que en la zona Toledo-Madrid o Tarragona-Vilafranca, donde dominó cerca de cuatro siglos y sin embargo no hubo nueva romanización, por no haberse extinguido el mozárabe, aunque sí hubo profunda renovación lingüística por influjo de los dialectos norteños. Los mozárabes toledanos no dejaron nunca de hablar romance (como llegaron a hacerlo los valencianos, alentejanos y andaluces), e inmediatamente después de la Reconquista registramos en Toledo fuertes dialectalismos puramente romances de viejo abolengo local, indudablemente conservados de los mozárabes. No tiene verosimilitud creer que el vocalismo siciliano  $i < \bar{e}$  y  $u < \bar{o}$  sea un desarrollo tardío que sufriría el toscano importado después de la reconquista normanda; siglo y medio después de esta reconquista abundan ya muchísimo los textos locales sicilianos, y desde el principio presentan las características esenciales del dialecto moderno. El romance subsistió junto al árabe y al griego en estas zonas, y, aunque sería después profundamente renovado por la nueva colonización y los nuevos influjos septentrionales, los rasgos básicos de su fonética y gramática los heredaría del romance local primitivo. Es convincente lo que Pisani escribe a este propósito. Su teoría obliga a Rohlfs a afirmar que la diptongación de  $\bar{e}$  y de  $\bar{o}$  es esencialmente ajena a la Toscana, pues no tendría la menor probabilidad creer que la falta de diptongo en Sicilia sea un desarrollo posterior; pero esta otra suposición convence todavía menos: la diptongación es ciertamente autóctona en toscano, y la no diptongación siciliana está en relación estrecha con la ausencia de este fenómeno en el Sur de Italia, Cerdeña y el Este y Sur de España.

Con esto llegamos a las ideas de Rohlfs sobre el fonetismo primitivo de Toscana. Sabido es que estamos ante una cuestión batallona, que ya dio mucho que hacer a Meyer-Lübke y sus coetáneos, y que desde entonces ha venido preocupando incesantemente y cada vez más. Meyer-Lübke trataba de solucionar las muchas contradicciones, verdaderas o más o menos aparentes, que observaba en la fonética toscana, recurriendo con gran frecuencia al influjo del acento sobre el desarrollo de las consonantes, y echando mano al influjo fonético de otras condiciones particulares. Rohlfs y otros han mostrado que estas explicaciones cojean en demasiados detalles, y que debe tenerse más en cuenta el influjo de la mezcla de tendencias dialectales distintas. No hay duda, en efecto, que Meyer-Lübke confundía o identificaba demasiado las hablas toscanas con la lengua literaria italiana. En definitiva Rohlfs viene a decir que en todas las con-

diciones fonéticas donde el toscano parece vacilar entre el tratamiento norteño y el meridional, el toscano primitivo iba siempre con las hablas centro-meridionales y los ejemplos contrarios se deben siempre a una invasión lingüística del tipo alto-italiano en la lengua literaria, invasión que algunas veces y en ciertas zonas (pero no siempre ni en todas partes) llega a hacerse extensiva a los dialectos populares de Toscana. El papel del acento en todo esto lo niega Rohlfs en absoluto. Otros filólogos, Merlo en particular, proponen una interpretación diametralmente opuesta: lo verdaderamente toscano en estos casos sería el tratamiento de tipo septentrional, la conservación de las sordas intervocálicas se debería a un influjo latinizante. Parece claro que se equivocan: con razón pone Rohlfs de relieve que el tratamiento de terminaciones copiosísimas como *-ato*, *-ito*, *-uto*, *-ate*, etc., ha de ser lo espontáneo. Ésta es la roca firme, sobre esto se puede edificar y ahí no caben ambigüedades.

Pero entre Rohlfs y Meyer-Lübke es más difícil tomar partido, o, por mejor decir, es imposible si el tomar partido significa adherirse totalmente a una u otra interpretación, porque ninguna de las dos da cuenta de todo. Observemos en primer lugar que la Toscana se encuentra en el límite de dos grandes zonas lingüísticas: sonorización consecuyente y sin excepciones hasta los Apeninos, conservación total desde Roma para el Sur; y así en otras muchas cuestiones (tratamiento de *x*, etc.). ¿Es extraño que la zona intermedia, en particular la Toscana, parezca vacilar entre los dos tratamientos? *Catena*, *sicuro*, *metà*, son autóctonos, qué duda cabe, pero ¿lo son menos *seguire*, *magari*, *uguale*, *dileguare*, *ago*, *gridare*, *codesto*? Ponerlo en duda llega a ser absurdo; varias de estas palabras, como *codesto* o *ago*, son específicamente toscanas, ajenas, si no me engaño, a las hablas populares del Norte (cf. Rohlfs, §§ 491-493), y en otras, como *seguire* o *uguale*, un influjo forastero es simplemente inconcebible. Por otra parte, la teoría de Meyer-Lübke, sonorización ante el acento y conservación detrás, choca con *catena*, *maturo*, *acuto*, *secondo*, donde apenas cabe pensar en un latinismo. Mas ¿por qué no creer que en una área de transición hubo lucha entre dos tendencias, arraigadas ambas en el suelo regional? Y cuando esto ocurre, el detalle del fenómeno puede manifestarse en dos formas. Por una parte, a menudo están en lucha una pronunciación más distinguida socialmente y otra más populachera, predominando una u otra en forma que parece algo caprichosa. La tendencia más popular en Castilla fue a cambiar *alterum* en *otro*, *filia* en *hija*, *clama re*, *plaga* y *flamma* en *llamar*, *llaga* y *llama*, pero sería erróneo creer por ello que *alto*, *falta*, *falso*, *fiar*, *fiero*, *fiesta*, *clavo*, *plato*, *plegar*, *flaco*, *flojo* o *flor* tengan nada de latinizantes o de extranjerismos. Es que en estos vocablos prevaleció una pronunciación más distinguida y conservadora, pero no culta. Esto es lo que explicará los casos como *metà*, *acuto* o *sicuro*.

Pero algo que también ocurre en las regiones fronterizas es que hay detalles fonéticos particulares que limitan la aparición del fenómeno a unas pocas situaciones *sui generis*. Hay una vasta zona en la Romania occidental que conserva siempre la *-u* y *-o* latinas en forma de *-o* (port., cast.) y otra que las elimina o altera siempre (galorrománico): entre las dos se encuentran el catalán y el aragonés, éste esencialmente de acuerdo con el castellano, aquél con el occitano-francés; pero ni el uno ni el otro

presenta en estado absolutamente puro la una ni la otra actitud: el catalán conserva con entera espontaneidad y en forma sistemática la -o tras RR, RV, LV, y tras cualquier grupo implosivo-explosivo cuando la vocal tónica es o o u; el propio Rohlfs demostró por primera vez que ciertas hablas gasconas hacen algo parecido; y mientras el catalán y el gascón pierden por lo demás casi todas las oo, el aragonés conserva las oo en principio, pero ciertos valles aragoneses eliminan la -o con carácter autóctono tras n, r, ante -s, etc. ¿Por qué la oposición sistemática de Rohlfs a las explicaciones fonéticas particulares que dio Meyer-Lübke para ciertos casos de la sonorización toscana? Sin duda ha contribuído mucho a ello el deseo de eliminar obstáculos a su teoría de la neo-romanización toscana del extremo Sur de Italia: puesto que en esta zona realmente no hay casos de sonorización (o sólo en voces evidentemente importadas), tampoco pudo haberlos en toscano primitivo. Pero desechemos este prejuicio, y atendiendo a los hechos hemos de reconocer que la teoría de Meyer-Lübke relativa al acento explica satisfactoriamente casi todos los casos de s toscana sonora [ʃ], que son más numerosos de lo que indica Rohlfs: *misura, risicare, tesoro, bisogno, lasagna, usare, cugino*, con s sonora, frente a la sorda de -oso, -ese, *asino, cosa, casa, mese, naso, misi, chiuso, sceso, peso, Pisa*, etc.; sabido es que la pronunciación culta latina en la Edad Media coincidía en este caso con la sonora transapenínica, y esto explica casos de sonora como *chiesa, sposo, paradiso, musica, misero, esercito*, mientras que otros se explicarán por condiciones semánticas particulares o por la existencia de un antiguo grupo sonoro (*lésina, battésimo, quarésima, medésimo, Tommas(o) di...*) o simplemente por influjo forastero (*francese, cortese, paese, ucciso, usignuolo*). Pero, ¿quién se atreverá a decir que *misura* o *cugino* sean galicismos, latinismos y ni siquiera importaciones alto-italianas?

Si bien en forma algo menos clara, notamos que puede también haber algo de cierto en el supuesto influjo del acento cuando se trata de las oclusivas. *Pagare, segare, fregare, piegare, affogare, annegare, magari, seguire, uguale, uguanno, dileguare* presentan todos la c pretónica, frente a *formica, amico, dico, fico, meco, teco, cieco, pecora, lumaca, fuoco, giuoco, buco, baco, sambuco*; otros se explican por otras condiciones particulares, como la debilidad de los esdrújulos, de donde *fégato, ségale*, y desde el plural *àgora* (Rohlfs, t. 2, 59), *luògora* se extendería la g a los singulares *ago, luogo* (y a aquél contribuirían los derivados *agoraio, gorata, agarelli, agoraiola*), *sugo* sufriría el influjo de *asciugare, spiga* el de *spigare, spighire, spigolare, spigolo* (viceversa, *focaccia* se debe a *fuoco*); *lago* vendrá de la Alta Italia, que es donde los lagos abundan, y los nombres como *Alberigo, Arrigo, Amerigo* son evidentes importaciones de la Lombardía, más colonizada por germanos, cuando no de Francia. Análogamente *gridare, podere, gradire, badia, badessa* (cf. *abate*), *podestà, codesto, scodella, budello* frente a *sete, seta, rete, aceto, dito, vite, vita, ruota, vuoto, imbuto, puote* (de donde *potere*), sin contar los innumerables en -ato, -ito, etc.; los derivados en -atore, -atura, -atoio están bajo el influjo de -ato, *fratello* de *frate*, *letame* de *lieto*, y *mutare* del presente *muta*; en *ritondo* (luego rehecho en *rotondo*) se sintió evidentemente la t como inicial (lo popular es *tondo*). No hay por qué negar la disimilación que admitía Meyer-Lübke para *parentado* y *contado* (¿quién se atre-

verá a decir que *contado* y *contadino* no sean toscanos?), puesto que la confirman *strada*, *contrada* y las antiguas formas toscanas en *-tade*, *-tude*. En otros casos hay realmente procedencia forastera, como en *scudo*, *malgrado*, *rugiada*, *lido* (cuyo origen veneciano es evidente; *scudo*, como tantos términos de guerra, vino del Norte), mientras que en otros se trata de etimologías falsas (*dado* en realidad viene del ár. *dād*, *medaglia* de *m e d (i) a l i a*) o de variantes fonéticas (*spada* coincide con el cat. *espa(s)a* y el oc. *espaza* en postular una base \**s p a ḍ a*, con imitación imperfecta de la fricativa de *σπάθη*); finalmente, muchos son latinizantes, como *fatica*, *-iga* (cuya *-t-* se conserva en toda la Rumania)<sup>19</sup>. Tampoco en el caso de la *-p-* faltan los ejemplos de sonorización en voces evidentemente autóctonas, como *soverchio*, *trovare*<sup>20</sup>, *travaglio* 'afán', 'dolores del parto', *ricoverare*, *sceverare*, *vescovo*, *arrivare*, frente a *ape*, *capo*, *pepe*, *ripa*, *lupo*, *uopo*. El tratamiento propio del esdrújulo, aquí como hemos visto antes, es la sonora, de donde *povero* (¿creerá nadie que sea de origen forastero?), *ricevere*, *rimprovero*, *scovolo*; análogamente la *r* en *rédina*, aunque puede que ahí exista vacilación (cf. *-ático*, si no se debe a *-ato*), como la hay ciertamente en la *s* (*isola*, *Fièsole*, *àsola*, *pòsola*, *limòsina* con [ʃ], pero *àsino* con *s* sorda).

La regla del acento aclara, pues, gran número de arbitrariedades aparentes, y esto no sorprende, puesto que al fin son hechos probados diferencias análogas en otras lenguas romances: en provenzal toda *-n'* y en catalán la del grupo *-n's* se conservan en sílaba tónica pero desaparecen en sílaba postónica: *-d-*, *-c-* y *-t-* en catalán desaparecen ante el acento pero se conservan como *-s-* tras el acento; parece un hecho probado que en castellano la conservación o pérdida de la *-d-* intervocálica está regida por un principio análogo (caída ante el acento, en fin de esdrújulo y en posición final absoluta, conservación tras el acento en los demás casos, con refección analógica en ciertos verbos: *cree* en vez de *cre*, tal como *tiene* en vez de *tien*), etc. Y otra regla particular, sentada con razón por Meyer-Lübke, que Rohlf's quiere negar en vano, es que la *-t-* y la *-c-* se sonorizan en toscano ante *r*, hállense detrás o delante del acento: *padre*, *madre*, *ladro*, *puledro*, *veladro*, *-adro* (*-a t o r*: *mezzadro*, *merciadro*, *leggiadro*, *bugiadro* hoy *bugiardo*), *agro*, *magro*, *agresto*, *agrifoglio*, *sagrare*, *sagrestia*, *segreto*, *log(o)rare*, *lagrima*<sup>21</sup>. ¿Quién creerá que *ladro*, *agro*, *segreto*, etc. sean importaciones de otros dialectos? De *padre* y *madre* asegura Rohlf's que lo son, por no emplearse entre toscanos

<sup>19</sup> No se crea que todas las reglas sugeridas por Meyer-Lübke me parezcan convincentes. Que lo regular sea *-ga* de *-ca* pero *-co* de *-cu* no tiene fundamento fisiológico, y está contradicho por *mica*, *vescica*, *baca*, *duca*, *ruca* (*ruchetta*, *luchetta*), *verruca festuca*, *sambuca*. *Lattuga* vendrá de la vertiente sombría del Apenino, donde se hacen más lozanas las hortalizas; será *testuggine* la forma toscana, más que *tartaruga*, que por lo demás es animal sobre todo exótico. En cuanto a *-ta* y *-pa*, hay todavía menos ejemplos que apoyen esta regla de Meyer-Lübke.

<sup>20</sup> Pocos son ya los que todavía se mantienen fieles al imposible étimo *turbāre*. Sea como quiera, el cat.-oc. *trobar*, presente *trop*, prueba que hay que partir de *-p-* (véase *supra*, p. 140).

<sup>21</sup> Ésta es la antigua forma toscana. No parece que *lacrima* se encuentre antes del siglo xvi (a no ser en algún autor meridional). *Lacrima* parece haberse extendido desde empleos figurados, con aplicación a las plantas o al vino o a textos litúrgicos, aunque hoy parece haberse generalizado bastante en Toscana.

más que *babbo* y *mamma*. Sí, pero depende del sentido en que los tomemos. En Toscana no se dice otra cosa que *la madre dell'aceto* o *del vino*, *la madre dell'agresto*, *madre vite*, así como *madreselva* y *madreperla*, y sin embargo estos usos pertenecen a círculos eminentemente populares. No hablemos ya de la *Madre di Dio* o *la madre badessa* o *la madre di famiglia*, por más que en tales locuciones figuradas o eclesiásticas se esperaríamos si acaso una forma latinizante, pero no dialectal. Desde luego, usos como *madre* 'matriz' (*mal di madre*) y *la madre del gattino* son tan básicos como *la mamma del bambino* o *mamma mia*. De la misma manera a nadie se le ocurrirá, ni en Toscana ni en parte alguna, hablar del *babbo del mio cane*, y nunca se ha empleado en tales casos otra cosa que *padre* (claro que tampoco se ha dicho más que *il Padre Santo*, *un padre reverendo* o *il Padre Eterno*). ¿Cómo creer que *p a t e r* y *m a t e r* se hayan extinguido en ninguna zona de la Romania sin dejar huellas autóctonas? ¿Y por qué vamos a dudar que *CR* pueda sonorizarse tras vocal, cuando tantas veces le ocurre en principio de palabra? No debemos extrañar, por otra parte, que, lo mismo que en la posición intervocálica, haya unos pocos casos indudablemente populares de *tr* conservado; dejando aparte *nutrire* y algunos más de evidente carácter cultista, hay *vetro*, *pietra*, *aratro* y *dietro*, y aun para varios de éstos se puede creer que se deban al influjo de otras formas más populares: *drieto*, *prieta*, *arato* o *aràtolo*. Pero en cuanto a *-PR-*, es seguro que el tratamiento popular sólo ha sido *-pr-*: *capra*, *lepre*, *sopra*, *ginepro*, *aprile*, *aprire*, *coprive*, *opra* (*soupra* y *souvrano* son sólo literarios, *manovra* es importado, y *lebbra* quizá sea occitanismo<sup>22</sup>).

Por otra parte, no cerremos los ojos ante el hecho de que hay unos pocos casos indudablemente populares de conservación de la sorda intervocálica ante el acento, de los cuales ya he indicado los de *τ* y *c*. Se impone admitir ante casos —poco numerosos— como *sicuro*, *vitello* o *metà*, que existió una pronunciación distinguida que prefería la sorda (compárese, por lo demás, cast. *mitad*). Con las explicaciones fonéticas particulares de Meyer-Lübke no siempre salimos del paso. Pero cuando los casos explicables según una regla constituyen una mayoría tan grande, no me parece natural negarla del todo. Hay que admitir, simplemente, que colaboraron con ella otros factores, según es natural en una región fronteriza entre los dos tratamientos. En el caso de la *-P-* es donde los ejemplos de conservación de la pretónica son más numerosos: *sapone*, *capello*, *capanna*, *cipolla*, *nipote*, *coperta*, *crepare*, *capire*, *capestro*, *sapone*, *sapere*, *aperto*. Y tampoco es extraño que en una zona de transición existan estas faltas de paralelismo entre las varias oclusivas. Hay que deducir que en el caso de la *-P-* la pronunciación que he llamado "distinguida" encontraba menos resistencia entre el bajo pueblo. O ¿hay que llegar, en este caso, hasta negar del todo, con Rohlfs, la regla de Meyer-Lübke? Quizá sí. Y desde luego esto no sería razón para hacerlo en el caso de la *-S-*, ni tampoco en el de *-C-* y *-T-*, pues salta a la vista que un conjunto de palabras como *fregare*, *pagare*, *magari*, *seguire*, *gridare*, *codesto*, *budello*, etc.,

<sup>22</sup> Semánticamente sería más natural un préstamo meridional, y realmente en el Sur se encuentra el tratamiento *bbr*: sic. *lebbra* (PITRÉ, *Fiabe*, t. 4, 183), napol. *abbrile*, calabr. merid. *subra* (Rohlfs, t. 1, 433).

en ningún caso ha de explicarse por una importación, ni siquiera de dialectos vecinos. En cambio no hay por qué exigir un paralelismo completo en el tratamiento de todas las oclusivas sordas: es un hecho el que en el Véneto, la Emilia y otras partes de la Alta Italia la -c- y la -t- se quedan en la fase oclusiva sonora (*g, d*), mientras la -p- llega en todas partes hasta la fricativa *v*; en la propia Toscana -pr- queda intacto, mientras -cr- y -tr- se sonorizan; abundan en italiano más que en ningún romance los ejemplos de sonorización de la c- inicial (Rohlf's, t. 1, 251, 301), pero no los hay de t- ni de p-; y en casi toda la Romania occidental hay sonorización de la oclusiva o fricativa en los grupos AUP, AUS, pero nunca en los grupos AUC, AUT. Por cierto causa escrúpulo admitir que palabras como *trovare* y *arrivare* son importadas del Norte, pero cuando son pocas se puede todavía examinar más de cerca la posibilidad: sabiendo que *invenire* es usual en textos toscanos popularísimos de los siglos XIII-XIV (Guittone d'Arezzo, *Novellino*, *Tavola Ritonda*) y *rinvenire* todavía no está anticuado, podemos concebir la posibilidad de que *trovare*, insinuándose desde el lenguaje poético y favorecido por la moda afrancesada, acabara por echar raíces; *arrivare*, con *riva*, pudo propagarse desde los puertos vecinos de La Spezia y Génova, sustituyendo al anticuado *arripare*, todavía usual en Luca; *soverchio*, por su sentido, es palabra accesible a influjos literarios, que pudo sobreponerse al todavía popular *soperchio*, ayudado por las formas literarias *souva*, *souvano*, de segura importación nórdica; también es concebible que un vocablo del sentido de *travaglio* proceda de la lengua literaria; aun podemos imaginar que *vescovo* se propagara desde el Norte, gracias a algún hecho de historia eclesiástica (nótese la sospechosa *d* de *vescovado*), y en cuanto a *ricoverare* y *sceverare* ya no son palabras de índole esencial, además de que pueden explicarse por sus formas esdrújulas. En conjunto, quedamos en duda en el caso de -p-, pero rechazando decididamente una posibilidad parecida en el de las demás sordas sonorizadas, que abundan en vocablos de la vida más cotidiana y humilde, los cuales ya no hubieran podido entrar por la puerta falsa del idioma escrito.

Tampoco en el caso del doble tratamiento de *s*<sub>1</sub>, como *ci* y *gi*, logra convencer Rohlf's al pretender que todos los casos de *gi* son importados. Desde luego es conocido que muchos lo son: *pertugio*, *segugio*, *rugiada*, *grigio*, *agio*, *Tamigi*, *Parigi*, *Luigi* y otros nombres propios (*Dionigi*, según ya lo muestra la -i); para *ciliegia* la demostración semántica<sup>23</sup> de Jud de que es importado de la Alta Italia, viene confirmada por la ultracorrección de -r- en -l-; otros vocablos sólo pertenecen a la antigua poesía galicada (*magione*, *malvagio*, etc.), y el carácter dialectal de otros salta a la vista: *parmigiano*, *cinigia*, *ragia* (procedente éste de los Alpes, que es donde abunda la cosa). Pero está claro que *cugino*, *artigiano*, *cortegiano*, *cagione*, *tregenda*, *pigione*, *pigiare*, *fagiuolo* no pueden ser más que autóctonos, tanto como *cacio*, *bacio*, *camicia*, *cucio*, *sdrucio*, *brucio*. La diferente posición respecto del acento da cuenta de todo: está claro que voces como *fagiuolo*, *pigiare* o *cugino* no pueden ser gali-

<sup>23</sup> Pero en apoyo de esta idea quiere Rohlf's invocar los cast. *cereza*, *ceniza* y *cerveza*, calificándolos de galicismos, lo cual es absurdo. Se trata de una dilación de la africada interdental, fenómeno casi normal en castellano: en sentido opuesto *cedazo*, *cedizo*, *cecina*, etc.

cismos (parte de ellas ni siquiera existen en Francia) y tampoco importaciones de la Alta Italia. No hay ningún caso que se oponga verdaderamente a la regla de Meyer-Lübke<sup>24</sup>, una vez tengamos en cuenta que verbos como *cucire* pueden deberse a las formas acentuadas en el radical.

El tratamiento de -x- presenta un cuadro paralelo al de las oclusivas, con la diferencia de que ahí el tratamiento palatal *sci* [š] es propio solamente de la Liguria, mientras *ss* es general no sólo en el Centro y Sur de Italia, sino también en casi toda la Italia Superior, así que la Toscana al presentar muchísimos casos de *sci*, junto a otros de *ss*, se muestra ahí continuadora de la Riviera genovesa, como lo es geográficamente, mas no de la Emilia. Pero Rohlfs, fiel a su tesis del carácter básicamente centromeridional del toscano, afirma que los casos de *sci* en este dialecto se deben a una invasión lígur o a una palatalización secundaria y sin relación con la *κ* que forma parte de la *x*<sup>25</sup>; quizá influyera en este juicio el hecho de que en la zona meridional que él supone toscanizada (Sicilia, Pulla) abundan los casos de *ss* donde el toscano dice *sci* (*lassari, cossa, lissia, assiri* 'uscire', *assiddijiri* 'scegliere'), en evidente contradicción de su teoría. En realidad, la regla establecida por Meyer-Lübke para la Toscana sólo tiene el defecto de ser algo estrecha: *sci* es evidentemente el tratamiento toscano propio de toda posición pretónica (no sólo junto a vocal palatal): ahí están para probarlo *lasciare, uscire, mascella, ascella, lisciva, asciutto, asciugare* y la multitud casi innumerable de los derivados en *sci-* (EX-): *scempiare, scevererare, scerpare, scipido, scioperare, sciogliere, scegliere, scemare, sciapido, sciancare, sciame, scialare, scialbare, sciacquare, scimunito, sciorare, sciagurato*... Está claro hasta la saciedad que todo esto no puede ser importado; y en cuanto a que haya un cambio espontáneo de *s-* inicial en [š] toscano, esto sólo podría admitirse a lo sumo en el caso de *si-*, donde el influjo de la vocal siguiente lo haría comprensible (*scimmia, sciringa, scepe* < *siepe*)<sup>26</sup>. Por otra parte, tras el acento hay regularmente *ss*: *asse* (de donde el derivado *assile*), *bosso, frassino, matassa, sasso, tasso* 'tejo', *tasso* 'tejón', *tessere, condussi, strussi, trassi, vissi, cossi*. En *sugna, saggio, sartia* la sílaba inicial EK- (o AK-) pudo eliminarse antes de la palatalización de la *s*, o bien hubo disimilación de palatales<sup>27</sup>. *Passone* es un término de agricultura poco difundido, aunque lo es

<sup>24</sup> Otra cosa es el caso de -TI- + vocal, donde hay realmente razones para dudar de que *gi* pueda ser autóctono. Entre las lenguas romances sólo el francés del Norte tiene un elemento *ġ* en el resultado de este grupo, luego es extraño que lo tenga el toscano. Y sin embargo ante *ragione* y *stagione* quizá todavía deberíamos pensarlo mejor.

<sup>25</sup> Para ello hincha artificialmente el número de los casos toscanos de *ss* agregando cultismos tan evidentes como *prossimo, rissa* (rīxa), *tassare, tassello, tossico, afflissi, lussi, nessi, flessi, flesso, fisso, lusso, assiolo*; voces que él mismo ha dado por dialectales, como *sala* (importado de Emilia, según muestra la -a), etc.

<sup>26</sup> Claro que *scempio* *simpulus* se debe a *scempiare* (ex-simpl-are y *exemplare*), y en cuanto a *sceverare* todo el mundo y el propio Rohlfs (véase la página precedente de su libro) cree que viene de *exseperare*.

<sup>27</sup> Más bien esto, teniendo en cuenta que el catalán también dice, en estas mismas palabras, *ensunya, assaig* y *sàrcia* (junto a *xarxa*), aunque en esta lengua debía esperarse de todos modos *x-* [š].

más en la Emilia, Lombardía y Piamonte (*REW*, 6320), de donde será propio el vocablo. En el descendiente de *sexaginta* (*sessanta*) falta la palatalización en casi todas las lenguas romances donde la esperaríamos (port. *sessenta*, cast. *sesenta*, engad. *sessanta*): no cabe duda que se trata de una forma reducida como *quaranta* o *trenta* (en lugar de los \**quadranta*, \**trienta* que esperaríamos), y recuérdese la pérdida excepcional de *GI* en los nombres de decenas de casi todos los romances. Como excepción auténtica sólo queda una, *coscia*, que difícilmente puede ser importado, dada su significación, pero quizá se deba al influjo de derivados tan importantes y numerosos como *cuscino*, *cosciale*, *scosciarsi*, *coscetto*, *cosciotto*, *coscioni*.

Lo infundado del prejuicio de Rohlfs contra la teoría acentual de Meyer-Lübke se ve muy claro en el tratamiento de los grupos formados con *Tl* tras *C, L, N, P, R, T* (§ 291). No hay ahí dificultades verdaderas: [č] es el tratamiento pretónico y [ts] el postónico: *cominciare*, *docciare*, *tracciare*, *succhiare*, *stracciare*, *cacciare*, *conciare*, *corrucchiare*, *scorciare*, *squarciare*, *gocciare* (de donde *goccia*), frente a *balzo*, *alza* (de donde *alzare*), *avanza* (de ahí *avanzare*), *lenza* con el arcaico y dialectal *lenzo* (los cuales explicarán *lenzuolo*), *anzi*, *Firenze*, *nozzo*, *ghezzo*, *forza* (de donde *forzare*), *marzo*, *scorza*, *terzo*, *mazza*, *mazzo*, *pezzo*, y los innumerables abstractos en *-anza*, *-enza*; todo el mundo sabe que *canzone* es provenzalismo y que *Sarzana* se encuentra en la Riviera ligure; *drizzare* es sospechoso de galicismo por los textos en que aparece, y también podría explicarse por las formas rizotónicas.

Esta claro, pues, que acerca del consonantismo toscano muestra Rohlfs ciertos prejuicios. También en algunos puntos de vocalismo, particularmente en la diptongación, que estorba a su tesis de la neo-romanización toscana del extremo Sur. En consecuencia niega que exista diptongación autóctona en Toscana. Y para ello pone en gran relieve los casos de no diptongación de *ě* y *ǒ* libres bajo el acento. Pero ya Meyer-Lübke y otros indicaron las reglas que rigen estas excepciones, y yerra indudablemente Rohlfs al negarlas: es cierto que no se produce tras un grupo de consonante + *r* (MEYER-LÜBKE, *It. Gr.*, § 88; LAUSBERG, p. 332), que *sei*, *lei*, *era*, *bene* y los dialectales *semo*, *sete*, *vene*, *veni* son formas proclíticas (que en parte se repiten en castellano), y en cuanto a la falta de diptongación en los esdrújulos, sólo se equivoca Meyer-Lübke al suponer que no se extiende a la *ě*: prueban lo contrario *tenero*, *vènere* (toscano por *venerdi*), *genero*, *pecora*, *redina*, *pelago*, *secolo*, *medico*, *lepre*, junto al cual tienen gran extensión todavía las variantes esdrújulas primitivas *lèpora*, *lèvora*, *lègura* (Rohlfs, § 87); *prete* puede ser debido a *pr* o al esdrújulo. Ésta es, al parecer, la regla florentina o por lo menos la que ha predominado en toscano literario, pero otras zonas toscanas diptongan la *e* del esdrújulo (incluso tan cerca de Florencia como en *Fiesole*), de donde la vacilación entre *tepido* y *tiepido*, *pedica* y *pedica*; en *lievito* ha predominado la *ie* gracias a *lieva*, a pesar de que *levito* tiene la gran extensión toscana que nos muestra Rohlfs; claro que con mayor razón ha ocurrido esto en verbos que tienen muchas formas no esdrújulas, como *f(i)edere* y *ch(i)edere*.

Como se ha dicho comúnmente, y salta a la vista, la abundancia de formas como *convene* y *ceco* en los poetas medievales de "lingua aulica"

no se debe a ningún toscanismo, sino al influjo combinado del latín y de la Escuela siciliana. Claro que hoy se encuentran dispersas por Toscana ciertas formas sin diptongo, pero no hay que ver ahí, con Rohlfs, lo toscano auténtico, sino reducciones locales modernas, de razón fonética o analógica, o variantes propagadas desde otras regiones; por lo demás, sólo en pocos casos tienen gran difusión, como en el de *mele*, que se extendería desde el Sur, donde abundan más las hierbas aromáticas. Claro está que admitir que *piede*, *viene*, *dieci*, *pietra* sean formas importadas es descabellado, por más seriamente que nuestro filólogo lo afirme. Si se tratara de una invasión dialectal en Toscana deberíamos encontrar ultracorrecciones como *miezo*, *diente*, que tanto abundan en la Campiña romana, donde Rohlfs ha logrado probar el carácter importado (§ 86); pero allá se importó desde Toscana, que es donde el fenómeno ocurre con una sujeción perfecta a las normas fonéticas. Que en Toscana la diptongación es antiquísima lo comprueba la reducción ulterior en el tipo *io*, *mio*, *rio*, *Dio*, que de otro modo sería inexplicable. Por lo demás, si en Toscana fuese fenómeno importado, habría tenido que importarse desde alguna parte, y Rohlfs va negando la genuinidad del fenómeno en todas las regiones italianas, una por una. Sin embargo, pretende que la diptongación invadió la Toscana desde el Norte de Italia (t. 1, 157), y aquí llega la confusión al colmo, pues en el t. 1, 173, afirma rotundamente que la diptongación es poco genuina en la Alta Italia, que hoy se encuentra allí mucho menos que en Toscana, y que todavía escasea más en los poetas antiguos (§§ 90-94); de varias de estas regiones (por ejemplo el Véneto, t. 1, 169) ¡asegura sin rodeos que es imitada de Toscana! Hay que reconocer que ahí le asiste razón, pero en la Toscana hubo ciertamente diptongación desde antiguo.

Las mismas conclusiones que a la *ë* se aplican a la *ö*, con la diferencia de que el habla popular moderna de Florencia y otras zonas vecinas prefiere hoy las formas sin diptongo, pero diga Rohlfs lo que quiera, es cierta la opinión común de que la reducción de *nuovo* a *novo* y análogos es un fenómeno secundario y hartamente reciente, si exceptuamos el caso de *-iuolo* (y *-gnuolo*), donde, aun siendo también secundario, tiene alguna mayor antigüedad. Falta también el diptongo en esdrújulo: *opera*, *cofano*, *popolo*, *monaco*, *limosina*, *vomere* (sin embargo, *suocera*). En cuanto al Norte de Italia (§ 117), estamos aquí ante hechos muy complejos. Pero afirmar, como en la p. 202, que la *ö*, antigua sólo en el caso de metafonía o ante consonante palatal, se propagara "por analogía" hasta generalizarse a cualquier caso de sílaba no cerrada, revela un modo de pensar extraño: la analogía no es una fuerza "inteligente" capaz de regir su acción en tal forma que resulte una ley fonética. No es la primera vez que leo semejantes afirmaciones en trabajos de dialectología italiana, y por lo tanto no hay que culpar mucho a Rohlfs, pero habría que desechar ya estos malos hábitos. En el fondo pueden tener razón Wartburg y otros muchos al creer que en el Norte de Italia hubo desde un principio diptongación general de la *ö* tónica libre. Pero no debemos ser simplistas, no hay por qué pensar en una diptongación en [uo], sino en la fase embrionaria [oö] (tal como es probable que el catalán y muchos dialectos corsos y alto-italianos nunca

pasaran de [eɛ]). La metafonía o la vecindad palatal provocarían muy pronto la concreción de este diptongo en el más claro y estable *uo*, pero no en los demás casos, y así es natural que los textos antiguos no escriban en éstos más que una *o* sencilla, aunque ya había ahí alguna diptongación. En fecha muy posterior este diptongo embrionario se volvería [uo] en unas partes, en otras [o], en otras retrocedería a [ɔ]. Así explicamos toda la complejidad de los hechos, por poco lugar que dejemos para complicaciones locales, regresiones varias e invasiones dialectales del toscano, de donde las ultracorrecciones como *puovero*, *custuode*, etc.

Con demasiada frecuencia cree ver Rohlfs acciones fonéticas caprichosas o irregulares, negándose a creer en las reglas que sus predecesores han señalado, a pocas excepciones que se noten, y aunque sean fácilmente explicables. Encogiéndose de hombros suele entonces decir su frase irónica "ich bin nicht genug Lautakrobat. . .", y niega la existencia de una norma. ¿Por qué este desprecio de las reglas fonéticas, aunque las hallaran neogramáticos? Cuando éstos encontraron terreno firme, no debemos nosotros volver atrás. Se trata sólo de evitar la miopía y los procedimientos demasiado simplistas de que a menudo daban muestras. Ciertamente el mundo embrolladísimo de la Italia dialectal se presta admirablemente a engendrar esta especie de pirronismo lingüístico. Pero las lenguas literarias, más conservadoras y tradicionalistas en general, presentan mayor regularidad. El dialecto ha estado sujeto, quizá en Italia más que en parte alguna, a un influjo muy fuerte desde el Centro del país, ejercido en parte por la lengua común, y en parte por las hablas toscanas que constituían esencialmente la base popular de aquélla. Como le reprocha Pisani, Rohlfs parece olvidar con harta frecuencia este influjo de la *lingua* sobre el *vernacolo*, y mirar a éste, según la concepción romántica, como un dechado de pureza y espontaneidad: se comprende entonces que se llegue a su escepticismo en materia de regularidad fonética. También la *lingua* ha sufrido a su vez el influjo de los vernáculos y además el de otros factores, pero estos influjos han sido allí menos profundamente perturbadores, y una vez que los conocemos y somos capaces de distinguirlos, no es difícil reconocer una regularidad fundamental en todas partes. Todavía otro ejemplo del confusionismo en que cae a veces nuestro admirable libro: en el § 131 se afirma que *u* en vez de *o* átona puede aparecer en todas las condiciones, aunque muy irregularmente. Pero no, las normas que halló ya Meyer-Lübke eran esencialmente justas; por cierto, la *o* inacentuada está mucho más sujeta a volverse *u* que la *o* tónica y lo hace por muchas causas, pero no en cualquier condición, por lo que toca al toscano y a la lengua común: es regular el cambio en el caso de AU, que pese a Rohlfs el idioma mantiene distinto de *o* pretónica (*uccello*, *rubare*, *lusinga*, *usbergo*, *chiudeva*, *udire* frente a *odo*, *uccidere* = oc. *aucire*); hay asimismo tendencia general a cambiar en *u* la *o* seguida de *i*, y el cambio se produce además en alguna partícula proclítica pronunciada muy débilmente (como en las toscanas dialectales que ahí cita Rohlfs, o en el meridional *mu m o d o*); *uperto*, *cuperto*, tan extendidos en hablas toscanas como en catalán occidental, se explican por *cuprire*, *uprire* (= fr. *ouvrir*), *uguanno* por la *u* siguiente, *burrasca* tuvo yod si viene de

Boreas, *pugnale* es como *pugno*, en *rugiada* se explicará la *u* por el mismo origen forastero que da cuenta de la *-d-* y la *-gi-*, *rumore* y *frumento* tienen *ũ* etimológica, *giucare*<sup>28</sup> y *usatto* ya los explicó Meyer-Lübke por extensión de la *u* de *giuoca*, *uosa*, y en otros estamos ante contaminaciones (la del afín *pula* en el caso de *pulenta*, forma tan extendida por Italia), que no siempre lograremos precisar de momento, claro está: es lo que ocurre en *budello*, pero en todo caso no puede esta forma servir como prueba de una norma italiana, cuando hallamos la misma anomalía en oc. ant. *budel*, cat. *budell*. Y no queda ya ninguna de las excepciones que hallaba Rohlfs a la regla de Meyer-Lübke. Sin duda es cierto que el cambio de *o* átona en *u* es tan fácil que basta cualquier influjo, aun leve, para determinarlo, pero así y todo no ocurre espontáneamente.

En esta revista interesa especialmente, dentro del libro de Rohlfs, el estudio de las analogías hispano-italianas, lo mismo si se trata de afinidades espontáneas que de influjos recíprocos del uno sobre el otro grupo lingüístico. Conociendo desde antiguo la atención que Rohlfs ha venido dedicando al tema, no me sorprende que su obra resulte extraordinariamente instructiva en este sentido. Aunque he de empezar reconociendo que a menudo lo resultan más los materiales que reúne que lo que él nos dice expresamente. Algunas veces ya llama nuestra atención acerca del contacto con lo hispánico. Así al hablar del calabr. y piám. *dassá(re)*, tesinés *daga* 'dejar' (t. 1, 273, n. 2), cuya mera existencia y aún más el hecho de que los dos últimos sólo se empleen en imperativo, pueden orientarnos acerca del origen de esta *d-* extraña. También cuando trata de la *a* del complemento directo (§ 632), en que nos damos cuenta de que el fenómeno tiene en Italia extensión mucho mayor de lo que ya se sabía, y echamos de menos que el autor no haya precisado si en algún dialecto se reduce el fenómeno a ciertas categorías de palabras, como los pronombres personales tónicos o los nombres propios de persona. También en lo referente al infinitivo personal portugués (§ 709), que con gran interés vemos ahora reaparecer en el dialecto napolitano (t. 2, 531-532; t. 3, 376; y lo que dice PISANI, p. 66; quizá, pese a Rohlfs, hay, como dijo Gamillscheg, alguna relación entre este fenómeno y la supervivencia del imperfecto de subjuntivo o del futuro perfecto latinos). En fin, se refiere también Rohlfs a los hechos españoles (*nadie*, *nada*) al hablar del empleo de *nato* adjetivo para 'ninguno' en italiano medieval (§ 498).

Mas por lo común guarda silencio sobre la existencia de tales analogías, y es lástima no sólo para sus lectores hispanos sino también para los italianos, pues no es raro que sea el fenómeno hispánico el que aclare el italiano, tan a menudo como lo contrario. En el t. 1, 368, da como una irregularidad local el que en el Sur de la Pulla el lat. *fuligo* aparezca con el consonantismo correspondiente a una *-LL-* ([*fud̥d̥išene*], [*pid̥d̥išini*]), pero el cast. *hollin* y el port. *felugem* prueban que hay que partir de un lat. vulg. *fulligo*. El it. merid. ant. *meve*, *mive* con el valor de *mihí*, también representado antes en las Marcas y aun en Toscana, y hoy en la Basilicata (t. 2, 165-166), quizá no sea

<sup>28</sup> Por lo demás, cf. cat. *juga*, *jugar* y cast. *jugar*, con la misma anomalía.

una mera innovación local según *tibi*, pues también aparece en el mozárabe de los siglos XI-XII en la forma *mib* (véanse los estudios recientes en *Al-Andalus* sobre las jarchas). Algo parecido podría decirse de los antiguos futuros en *-ajo* o *-aggio* (*troverajo*, etc.), §§ 587-579; ante el hecho de que una desinencia igual parece encontrarse en esta fecha antigua en el extremo Sur de la Península ibérica (véase mi nota en dicha revista), quizá se podría revisar la conclusión de Rohlfs de que en el extremo Sur de Italia ha de ser forma importada del Norte: justamente es frecuentísima en los poetas de la Escuela siciliana, y que hoy sea impopular el futuro en esta zona no prueba que lo fuese igual en la época primitiva. Ante el cambio de *éu* en *ió* en la zona Sicilia-Pulla (*piòca* < *πεύκη*), se refiere Rohlfs al cast. *yo* de *ego*, pero la evolución es muy distinta aquí (*ieo* > *io* > *yo*), y hubiera valido más hablar del cast. *beodo* (de *beudo*, *bebdo* *bibitus*) o del cast. dialectal *dioda* por *deuda*.

Sin distinguir más, paso a enumerar los párrafos en que una comparación con el español hubiera sido útil en un sentido u otro. § 48. La *ie* del cast. *fieltro* quizá tenga que ver con la *è* abierta de *feltro*, propia de Pisa.—§§ 150, 153, 155. Aunque menos general que en la Península ibérica, la pronunciación de *b*, *d*, *g* intervocálicas como fricativas resulta tener asimismo mucha extensión en los dialectos de Italia.—§ 164. La *r*- inicial se pronuncia también como *rr*- (y aun *arr*-) en Sicilia, Calabria, Pulla, y (si bien con extensión decreciente) también en Campania y Abruzos, y esporádicamente en algún punto de Elba y del Sur de Córcega y de la Toscana; por desgracia no precisa Rohlfs si se trata de una *r* larga como la nuestra o de una verdadera geminada, impositivo-explosiva, como la *rr* interna del italiano en general.—T. 1, 315, 443, y t. 2, 146, 148. El grupo *STR* muestra tendencia, como en muchas hablas hispanoamericanas y aun españolas, a cambiarse en los dialectos del Sur en [ʃr] o [ʃ], otras en *ss*: en Chile se oye *eseya* por *estrella*, y las formas *nosso*, *vosso*, *mossare* tienen tanta extensión en Italia como en cast. ant. *nuesso*, *vuesso*, *mossar*, *maesse*.—T. 1, 389, 391. De gran interés para nosotros es el que *LL* llegue también a [ʃ] en Reggio de Calabria y en algún punto del Abruzo, pues ahí está en evidente relación con la evolución mucho más extendida [dʃ] y sus muchas variantes: todo esto abre interesantes pistas, sobre todo comparándolo con la evolución hacia *-r*- en el Sobrarbe, ya referida, y con los hechos gascones pero también italianos de que hablaré luego.—§ 238. En Cosenza (Calabria) la *-RR-* pasa a un sonido intermedio entre [r] y [ʒ], que parece ser muy parecido a la evolución conocida de la Argentina, Chile, Bogotá, México y Navarra.—§ 419. El artículo neutro de la Italia occidental y meridional no deja de tener gran interés para ilustrar nuestra distinción entre *lo* y *el*, que comúnmente se tiene por exclusiva del castellano (véase lo dicho *supra*, p. 154).—T. 2, 246. Aunque en Italia *i p s e* tiene por lo común valor de identidad (*dessò*, *stesso*) o funciona como pronombre personal de tercera persona (*essa*), en el Sur, del Lacio para abajo, el tipo *cussu* (*e c c u m i p s u m*) toma precisamente el valor del cast. *ese*, cat. *aqueix*; igualmente *quesso* en Elba (Rohlfs, t. 2, 241) y el simple *is*, (*a*)*ssu* en el Piamonte y en el Sur (t. 2, 245, 247).—T. 2, 439. Véanse ejemplos de *l'ha morto* por 'le ha matado' en italiano medieval como en iberorromance, pero Rohlfs lo restringe demasiado al afirmar, en cuanto al uso moderno, que sólo se emplea ya en Elba, pues el Atlas de Bottigliani lo registra en un punto toscano cerca de Luca, se leen ejemplos en textos de las montañas de Pistoia (cita uno el propio Rohlfs, t. 2, 560), y Petrocchi reconoce que "lo emplean algunos" (véase *DCEC*, s. v. *morir*).—§§ 795, 842. *Dove* se emplea como preposición equivalente al fr. *chez* en Calabria, lo mismo que *donde* en el Norte de España y en

partes de América.—§ 797. Sería útil llamar la atención sobre el paralelismo sintáctico y aun estilístico y cronológico entre la omisión de *che* (*que*) en italiano y castellano (rechazado por el francés moderno, catalán, etc.).—§ 886. Las construcciones pseudo-adjetivas *mezzi aperti*, *molta forte*, *molti contenti* en toscano vulgar y antiguo recuerdan notablemente las paralelas del portugués, leonés e hispanoamericano que estudié en la *RFH*, 6 (véase *DCEC*, s. v. *medio*).—§ 992. Acerca del tipo formativo *pettiroso*, había que llamar la atención hacia el cast. *boquirrubio* más que hacia los paralelos gascones y sardos (suspectos de haberse tomado del cast.).—§ 1068. Interesantes las consideraciones y ejemplos que cita del sufijo it. *-igno*, igual al cast. *-eño*, cat. *-eny*.—§ 1085. Muy sugestivo acerca de la formación de los sufijos átonos castellanos, tan estudiados desde los trabajos de Menéndez Pidal, es este párrafo acerca de los casos bastante iguales del italiano.—T. 3, 321. Materiales útiles acerca de los sufijos *-arro*, *-urro* en el Sur de Italia, que Rohlfs, creo sin razón, quiere apartar de los hispanos correspondientes; desde luego yerra él al decir que son ajenos a la Toscana. Véanse los ejemplos toscanos y de toda Italia que reunimos Prati (*Diz. etim.*, s. v. *ramarro*) y yo (*DCEC*, s. v. *bizarro*).—§ 1144. Es por lo menos curioso que en el Friul y la Istria el sufijo diminutivo *-it(u)s* haya tomado también la forma *-it(o)*, como en Castilla.—§ 1162. Ejemplos del sufijo verbal *-entare*, *-antare*, paralelo al que es tan vivo en hispano-portugués.

La cantidad de palabras españolas que ha pasado al italiano, sobre todo en los siglos XVI y XVII, es muy considerable. No es éste el lugar de entrar a fondo en el asunto, ya muy estudiado, por lo menos en cuanto se trata de la lengua común. Pero además entraron bastantes vocablos en los dialectos, unos pocos en el Norte (véase mi observación en *AIL*, 2, 180, nota), más numerosos en el Sur del país. Indudablemente Rohlfs disminuye mucho y erróneamente la importancia de esta aportación, en el prólogo a su *Dizionario delle tre Calabrie*, y de acuerdo con ello no veo que en este libro admita ejemplos de tales préstamos; mucho más en lo cierto están Benedetto Croce y el Canónigo Zaccaria al recoger muchos hispanismos napolitanos en los libros que dedicaron al asunto, pero apenas son menos los que pueden registrarse en Calabria, y en Sicilia hay más que en parte alguna. Me limito a unos pocos ejemplos que veo citados en el libro de Rohlfs como si fuesen autóctonos: el milan. *lindo* 'schietto' (t. 1, 447), lo mismo que Val Maggia *lindi* que ya cité y el venec. *lindo*, *slindo* 'raído (vestido)', proceden ciertamente del cast. *lindo*, muy empleado todavía en el sentido de 'puro' y 'bueno' en el Siglo de Oro, y no de *l i m p i d u s*. Como los ejemplos que cita Rohlfs de un sufijo *-iccu* en Italia son rarísimos, está claro que el napol., sic. y calabr. *paliccu* 'escarbadientes, palillo' y el it. *pasticca* 'pastilla, tableta de medicamento para el aliento, etc.' (§ 1048) han de ser hispanismos, lo mismo que *pastiglia* y el anticuado *pasticco*, todos ellos documentados sólo desde el siglo XVII; lo propio hay que decir del it. *faldiglia* 'falda de mujer', calabr. *fa(u)diglia* (§ 1064) y del calabr. y sic. *palataru*, campid. *paladari*, gr. calabrés *palatari* (t. 3, 320 n.), que por cierto no son de origen griego, pues el cast., cat. y oc. *paladar* ya se documentan desde los siglos XIII y XIV; el sic. *vùschitu* (§ 1137) es sin duda alguna una adaptación del cast. *búsqueda*, con el género de su sinónimo autóctono *guadagno*, como lo es el sic. *vuscari* del cast. *buscar*, propagado por casi toda Italia (véase ROHLFS, *ARom*, 7, 458; 4, 211).

Muy fácilmente podrían ampliarse estas listas. Pero urge más sub-

rayar que, si son numerosos los contactos y semejanzas del italiano con todo lo iberorrománico en general, mucho más lo son todavía cuando se trata del catalán, que por su posición geográfica se encuentra más cerca, y ha vivido desde antiguo en contacto más íntimo con las hablas de la Península vecina. Rohlf's, que no ignora el idioma de Lulio, llama ya la atención hacia alguno de estos contactos: por ejemplo al señalar el parecido entre el pasado perifrástico catalán *va trobar* y el propio de la colonia francoprovenzal de Guardia Piemontese en Calabria: [va trov], [vaŋ vənirə], etc.<sup>29</sup> (t. 2, 379), o la analogía entre el pretérito simple del mismo idioma (popular no sólo en Valencia sino en parte de Mallorca, y literario en todas partes) *parlares, parlàrem* etc., y el empleado en antiguos textos piemonteses *piiglièri, trovèrum* etc. (t. 2, 378); en el § 253 reconoce que el napol. *spona* es préstamo del cat. *espona*, y en el § 977 que el sic. *sdirri* 'carnaval' lo es del cat. ant. y dial. *e(l)s darrers jorns*, de igual significado. Alguna vez al hacerlo no entiende bien los hechos: el cat. *fira* viene ciertamente de una pronunciación latina cultista [fɛria] (timbre que se daba a toda *e* al leer el latín medieval), más bien que de una variante cuantitativa \*fĕria (como dice en el t. 3, 369), pero no creo que se explique así el it. *fiera*, ni tampoco de la manera complicada que lo hace en el § 51, sino simplemente por metátesis en la pronunciación culta [ferja] > [fjĕra] con *ie* abierta secundaria, como en *pieno, schietto, piega*, etc. (el it. merid. *fèra* no ofrece más dificultad que *macèra, stòra, scarparu*, etc.).

Pero es mucho más corriente que no se refiera al catalán cuando habría sido útil. El *esco* 'salgo' medieval (§ 536) es forma rarísima en castellano; más valía referirse a los cat. *isc, isca, isqué, isqués*, que han sido normales y punto menos que generales en este idioma. A propósito de *uguanno* (§ 927) no era pertinente fundarse en el fr. ant. *encöan*, poco frecuente y que sólo significaba 'todavía este año' (es compuesto de *öan* con el prefijo de *encui, encore, enquenuit*), pero sí había que citar el cat. *enguany*, de uso general, y el fr. *öan*; cf. tosc. *unguanno*, boloñ. ant. *anguano*, líg. ant. *nguanu*, gasc. *engouan*, con la misma *n* propagada secundariamente, pues se trata sin duda de *h o q u e a n n o*, con -UE secundario como en *dunque d u n c*, según el modelo de *a c : a t q u e*, *n e c : n e q u e*; los cat. ant. *hic* y *hoc*, oc. *oc*, parecen corresponder también a *h i q u e*, *h o q u e*; de aquél vendrá el gasc. y alto it. *ghe*, y el gasc. *laguens* 'allí dentro' saldrá de *i l l a q u e i n t u s*. Para el it. *dito* (§ 49) cita una retahila de formas romances, dando la falsa impresión de que la *i* está muy extendida: en realidad sólo podía hablar del cat. *dit* (éste sí general desde los orígenes), pues en todo Aragón es *dedo* (salvo

<sup>29</sup> Es extraño que cuando se trata de un verbo de la primera conjugación no aparezca ahí el infinitivo sino por lo común una forma truncada *trov, salut, ciat, dun*. Tan extraño, que sugiere la sospecha de si habrá habido una mala inteligencia por parte del colector y se tratará de un *va trovo* por *va trovato* con sentido pasivo "es hallado". De todos modos requerían estas formas una explicación más completa. Pero puede ser que la sospecha sea inmotivada y que se trate de un caso más de sustitución del infinitivo por una forma personal, como los que ha observado Rohlf's sistemáticamente en el Sur: Nicosia *per vado dai parenti* (t. 2, 437) y los numerosos ejemplos de la Pulla y Calabria meridionales y del Nordeste de Sicilia que reúne en el t. 2, 472, 544-545; compárese además con el pullés merid. *sta mmangiu* 'sta mangiando' (t. 2, 551).

únicamente en Venasque, que es ya casi catalán), y *det* en casi toda Occitania (*dit* sólo en los Pirineos); claro que el sardo *didu* no importa, puesto que aquí toda *i* se conserva, y la variante asturiana *didu* (mucho menos extendida que *dedu*) presenta metafonía, como *sisu* por 'seso'<sup>30</sup>.

Muchas veces el pensar en las formas catalanas hubiera mostrado a Rohlfs el buen camino. La explicación del it. *chiàvica* 'cloaca' (t. 1, 111), complicadísima, es inaceptable, y el cat. *claveguera* (ya en 1272) prueba que no se trata de una ultracorrección dialectal italiana sino de la variante *clavica* del latín tardío; hay que partir de la forma etimológica *clouaca*, diferenciada normalmente en *clauaca* (también documentada en glosas), como *cavus* por *covus*, etc., y luego cambio de sufijo. —§ 395. El piam., lomb. y venec. alp. *la son* 'ganas de dormir' es tan poco misterioso como el cat. *la son*: hay analogía de *la fam*, *la set*, *la gana*, *la peresa*, etc.—T. 2, 415. Para explicar los it. *volgere* y *sciogliere* (*sciolgo*) no basta evidentemente invocar el influjo de *colligere* (> cat. *collir*), como nos muestran el cat. ant. *vogir* 'dar vueltas', 'tener de perímetro' (ya a principios del siglo xiv), cat. mod. *vogi* 'ruedo, vuelta que da un animal', prov. mod. *vòuge* (véase en *DCEC* el catalanismo *bojar*): es forzoso suponer un lat. vulg. \**volgo*, \**volgunt* (y \**solgo*, etc.), con el paso bien conocido de *vo* a *go*; cf. it. *vòlgolo* *volvulus*, *gomitare*, *pàrgolo*, *golpe*, *gomeja* 'vomere' y muchos más (Rohlfs, t. 1, 285).—§ 913. El elbano, corso y sardo sept. *inlogo* 'en ninguna parte' no es una reducción fonética de *in ullo loco*, sino, como enseña el cat. *enlloc*, de igual significado, resulta de la generalización de locuciones como *en lloc no es troba* 'no se encuentra en lugar (alguno)'. Viceversa, otras veces son las hablas italianas las que arrojan claridad sobre problemas catalanes importantes y oscuros, como la inversión de los timbres [e] < ě y [e] < ē, propia de los dialectos corsos (§§ 65, 105), exactamente como en catalán oriental; cf. LAUSBERG, en su reseña<sup>31</sup>. El sufijo corso *-incu* (§ 1101), que no tiene por qué ser *-īncu* sino *-īncu* (cf. Rohlfs, § 65), es con toda evidencia de origen ligure, según pone Rohlfs de manifiesto, pero como su empleo es exactamente el mismo del del cat.-oc. *-enc*, *-enca*, esto acaba de probar que el sufijo no puede venir del germánico (contra lo que admite el propio Rohlfs), aunque la coincidencia con *-ing* pudo ayudar en el Continente a la gran extensión semántica de su empleo.

Paso a enumerar sin más explicaciones otros casos análogos: § 38. Habría sido útil recordar el cambio catalán de *ūm* en *om* (*ploma*, *broma*, *flom*) al ha-

<sup>30</sup> Es probable que atine Ronjat al partir también, para el catalán y el italiano, de una extensión de la metafonía del plural tan frecuente *dīgītī*; compárese el plural oc. ant. *cabilh* 'cabellos', alto-it. *cavili*, cat. dial. *cabei* (con [i] de -LI), y con extensión de la *i* al singular: emil. *cavì*, Garfagnana *capigghio*. Véase lo que digo de *lupo* y análogos en la p. 177.

<sup>31</sup> Pero es excesivo decir con éste que forzosamente hubo de haber diptongación: el catalán de las Baleares nos muestra que la *ē* pudo pasar por [ə], con lo cual no había encuentro con *ě* > [e]. La proximidad geográfica de Córcega a Menorca y Perpiñán (donde también hay huellas del fenómeno) sugiere que pudo haber enlace directo entre las dos evoluciones dialectales, y el cat. medieval presenta muchos detalles que sugieren la pronunciación [ə] en el Continente.

blar del fenómeno emiliano paralelo, que aquí también se extiende a ũN.—T. 1, 221. Sabido es que la diptongación pull., calabr., napol. y piam. *au-* de o (*auliva, aunestu*) tiene todavía mayor extensión en gascón y en catalán.—T. 1, 273. Es notable que en bastantes hablas de Sicilia, Calabria y la Garfagnana la L- inicial tenga el mismo tratamiento ([d] o [l] geminadas) que la -LL-, como en catalán y asturiano.—§§ 294, 27. El oc.-cat. *aigua* había de mencionarse a propósito de la forma igual de la Alta Italia (cuya explicación fonética se impone rectificar en la forma indicada por Lausberg, en lo que todo el mundo ha estado de acuerdo ya hace tiempo).—T. 2, 245. El piam. (Castellinaldo) *lò* 'aquello' es inseparable del cat. *allò, aquellò*, gasc. *aquerò* (no se trata de *illu-hoc* sino simplemente de *illúd*, cf. *BDC*, 19, 21-23).—T. 2, 248, n. Resulta nueva la posibilidad de que *ipse* se haya empleado como artículo en el Sur de Italia.—T. 2, 261. *Pr'omo* 'cada uno' en Ancona, como el mall. *per hom.* Que el it. ant. *qualsivoglia* 'cualquiera' no contiene el uso impersonal de *si* sino un dativo ético lo corroboran todavía más los cat. *qualsevulla, qualsevol*, pues en catalán la construcción impersonal tiene mucho menor arraigo; en esta lengua también los tengo anotados en la Edad Media en frases exactamente iguales a la citada ahí en italiano.—T. 2, 305. Es completo el parecido de las primeras personas del presente de indicativo napolitanas *ntenghe, donghe, creghe*, etc., con las cat. *entenc, donc, crec.* . . ., pero como en catalán esto forma parte de un sistema más vasto y con hondas raíces medievales, cabe preguntarse si no hay más bien imitación del catalán que mero paralelismo.—T. 2, 409. El uso prohibitivo del imperfecto de subjuntivo *ai oltri no'l dississi*, propio del veronés, boloñés y lombardo (y aquí ya medieval), reaparece en catalán, donde *no ho diguessis* tiene por lo común valor más enfático que el presente *no ho diguis*, pero en la zona Tortosa-Gandesa tiende a sustituir a éste completamente; en la misma zona hay, por lo demás, una especie de supletivismo en virtud del cual la primera y segunda personas del plural de este tiempo reemplazan, en cualquier tipo de construcción, a las del presente de subjuntivo (evitándose así la identidad de formas de éste con las del indicativo), lo cual nos recuerda la sustitución total del presente de subjuntivo por el imperfecto en las hablas modernas del Sur de Italia, con construcciones del tipo de *si volge perché lo recasse* (t. 2, 498); ahora bien, esta misma construcción es muy frecuente ya en Raimundo Lulio.—T. 2, 418, 557. El uso de la terminación *-ente* con adjetivos derivados de verbos en *-are* es fenómeno que se extiende al catalán (*punxent*, etc.).—T. 2, 442, 585. *Ho comprato una tovaglia gialla e una di bianca*, construcción popular en Toscana, Lombardía, Marcas, etc., donde apenas hay construcciones partitivas: exactamente igual en catalán.—T. 2, 534-535. *Visto a venire, udire a parlare, vedere a ballare* = cat. *ho he sentit a dir, l'he vist a venir, fer a saber, gosar a negar-s' hi*, etc.; con un valor muy afectivo y enfático se podría decir en catalán, con valor de pasado, *i ells a cridar!*, como en las frases citadas en la p. 537.—§ 757. También es *que* mera partícula interrogativa en el uso familiar catalán ("que et trobes malament?"): como Rohlf's se inclina a creer, será de origen conjuncional y no procederá del pronombre interrogativo, pues en catalán sería más difícil que *què* [kê] hubiese pasado a [kə].—§ 759. Con el it. *bell'e fatto* y análogos compárese cat. *bo i fet*, donde *bo i* en Barcelona y en el Norte se emplea con valor de intensivo o más bien con un matiz como el de 'precisamente' (alem. *gar*), cuando no se convierte en mero ripio de apoyo ("m'he comprat uns pantalons bo i fets"); mientras que desde el Penedés a Tarragona y Bajo Aragón vale, al contrario, por 'casi'; raramente es variable, casi siempre se dice *bo i acabada* (raro *bona i acabada*).—§ 776. Cat. *com sia que* (= it. *conciossiacosachè*) es siempre causal, y ya frecuente en la Edad Media: ¿es seguro el valor concesivo?—§ 777. *Com* con valor de conjunción final es muy frecuente en catalán medieval (por ejemplo en Lulio).—§ 805. El paso de *i n-*

fra al sentido de 'entre' no es sólo italiano: cat. ant. *enfre* (Lulio, etc.), cuya *-e* constante revela el influjo de *entre*.—§ 847. It. *fino a* = cat. *fins a* (ya siglo XIII).—§ 943. It. *mai* = cat. *mai* (fonética y semánticamente se explica *mais no... > mai no*, como *mansionata > mainada*); it. *pure* = cat. dial. *pur* (pron. *pu*), con gran arraigo en la zona de Vic y vertiente Sur del Pirineo oriental, y con el valor de 'sin embargo' y el de 'también'.—§ 1125. En lugar de hablar de las oscuras hablas de Ariège valía más decir que *-osa* es general en catalán para la formación de colectivos de árboles (*avetosa, pinosa, fajosa*).

Por otra parte, los préstamos de voces catalanas abundan mucho en Italia. En mi libro *El que s'ha de saber de la llengua catalana* (1954, pp. 47-49), he reunido muchos ejemplos de catalanismos en los dialectos del Sur y aun en la *lingua* común, en ésta sobre todo anticuados: muchos de los que Croce y Zaccaria tomaron por castellanismos napolitanos no son sino catalanismos; todavía son más numerosos en Sicilia, y no raros en Calabria; por el Adriático algún catalanismo náutico es corriente hasta el Golfo de Manfredonia; y no habría que extrañar la aparición de algún caso suelto en la Toscana medieval y aún más al Norte o al Sur, pues es sabido que los *sgarigli* o *sgherigli*, milicia del partido de los Neri en Florencia, eran almogávares catalanes (cf. it. ant. *mu-gàvero* 'dardo y el soldado que lo lleva'), que la casa real catalana llevó a cabo una política de influencia muy activa, en parte a base de matrimonios, en las cortes principescas de toda Italia (recuérdese por ejemplo a Leonor de Este, la protectora de Ariosto), y que la familia papal de los Borjas dio gran prestigio en Roma a su catalán materno, imponiéndolo incluso en la correspondencia de sus cardenales. Claro que el foco principal fue Sicilia, que desde la Guerra del Vespro en el siglo XIII hasta el XV estuvo constantemente en manos de soberanos y soldados catalanes, y la nobleza catalana (los Cruïlles, Entença, Rocafort, etc.) se mezcló permanentemente con la del país; abundaron las correrías de almogávares por Calabria, y todavía más el comercio de cabotaje catalán a lo largo de Calabria y Pulla; Sicilia fue en todo el siglo XIV la base militar de la Grecia catalana<sup>32</sup>, hasta que en el siglo XV, bajo el Magnánimo, se convirtió Nápoles en la capital catalana de Italia, y en los siglos XIV, XV y XVI toda Cerdeña fue conquistada metódicamente y en parte repoblada desde Cataluña. Contribuyeron además las exportaciones de la industria catalana (véase *DCEC*, s. v. *fideo*), que ya entonces era ante todo textil, según muestra el empleo apelativo de *catalogna* y *valenza* como nombres de tejidos, el de los *panni pirpignani* (Migliorini, *Festschrift Jud*, 442), y otros nombres de trajes y tejidos como *gramaglia* y la *cortapisa* documentada en Ferrara por Bertoni (*ARom*).

He aquí una lista de catalanismos meridionales, que puede espigarse en el libro de Rohlf: § 126. *Atturru* 'tostar', más bien del cat. *torrar* (con *o* sicilianizada normalmente en *u*) que del raro cast. *turrar*.—§ 160. *Natta* 'nata de leche de oveja' no viene, claro está, del francés.—§ 189. Napol. *sgarrare* 'errare', del cat. *esguerrar* (ant. *esgarrar*) 'echar a perder', 'errar', 'lisiar'.—§ 257. Sic. y calabr. *cunòrtu* < cat. *conhort*.—§ 288. *Basciu, basciari* < cat. *baix, baixar; busciu* < cat. *boix*.—§ 821b. Sic. *agghiri* 'hacia' sería extraño sintácticamente

<sup>32</sup> Véase el reciente *Diplomatari de l'Orient català* de RUBIÓ I LLUCH.

si viniera de *a jiri* 'a andare' (que además, si acaso, habría dado \**agghjiri*): teniendo en cuenta las variantes *aggiru* (*aggiudi*, *-du*) se ve que es préstamo del cat. ant. *en gir* 'alrededor' (pron. [anǵir]), y el influjo de *i* *re* actuó sólo por etimología popular.—§ 880. Sic. y calabr. *sutta* 'debajo de' < cat. *sota*.—§ 932. Sic., calabr. *viatu* 'pronto'<sup>33</sup> < cat. ant. *viat* (hoy *aviat*) *vivaci* *us*.—§ 935. Sic. *tuttisuri* < cat. *totes hores* 'constantemente'.—§ 992. El sardo *già* encabezador de frase (*già intendo*) se tomaría del catalán.—§ 1064. Calabr. *faciglia* 'hoz', del cat. *falcilla* (más que del francés).—§ 1091. Habrá que examinar mejor si el que influyó en el it. merid. *-uni*, *-one* para hacerlo diminutivo no fue más bien el catalán que el francés; en todo caso el sufijo compuesto *-arruni* es préstamo del cat. *-arró*, con los mismos usos y matices (*xicarró*, *portarró*, *pontarró*, *petarró*); y no puede tratarse del castellano, puesto que en Calabria es diminutivo (*fagarruni*, *cuoścarrune* designan árboles jóvenes).—§ 1123. *Furasteri*, *mirceri*, *fosseri*, *biveri* < cat. *foraster*, *mercer*, *fosser*, *viver*.—§ 1129. Sic., calabr. *vasata* 'beso' < cat. ant. *besada* (la *a* pretónica es inequívoca).—§ 1137. It. *nòlito* 'flete' < cat. *nòlit* (véase mi artículo del *Homenatge a Rubió i Lluch*), alteración de *noli* según una norma fonética corriente en este idioma.—Sería fácil agregar muchos más, como sic. *tanna*, *tanda* 'turno' < cat. *tanda* (ya siglo XIII), arabismo cuya evolución fonética sólo se comprende en catalán, y que desde esta lengua pasó también al castellano, donde sólo se documenta en el siglo XVI, y en Aragón en el XV; sic. *frazzata* < cat. *flassada* (es falsa la etimología arábiga que suele darle Rohlfs; véase *DCEC*, s. v. *frazada*); etc.

El papel que desempeñan en el libro de Rohlfs las lenguas ibero-romances es, pues, muy inferior al que les corresponde<sup>34</sup>. Por contraste exagera sin duda la intervención del francés, que es por lo común la única lengua romance con que suele comparar los hechos italianos; véanse, por ejemplo, los §§ 635, 709, 927, donde una referencia a los hechos hispanos habría sido más oportuna. También tiene tendencia a hinchar excesivamente la importancia del galicismo en la formación de la lengua italiana común. ¿Quién va a creer, por ejemplo, que *ancora* (§ 931), *medesimo*<sup>35</sup> (495), el pronombre *loro* (§§ 427, 463) se tomaron de allende los Alpes? ¡Habrá para creer que los franceses enseñaron a hablar a sus vecinos! Desde luego no es esto sistemático. Y alguna vez incluso opino que Rohlfs se ha quedado corto. Por ejemplo la *ch* siciliana con el valor de [ç] no es de origen hispánico, como él afirma (§ 152), pues era ya corriente

<sup>33</sup> Y seguramente el tosc. ant. *diviato*, quizá introducido por los *sgarigli*.

<sup>34</sup> Claro que hay que tener cuidado con las apariencias, y no querer ver catalanismos ni afinidades hispánicas cuando hay coincidencia casual. El venec. *parleu*, etc. (t. 2, 296) sólo por una extraordinaria casualidad ha venido a ser igual al cat. *parleu*: las formas meridionales del tipo *parlevo* ya muestran que en veneciano hay reducción de *parlés-vos*, mientras que en catalán tenemos una evolución fonética de *-r's* inconcebible en Venecia. Las iniciales *LI-* y *LU-* evolucionan en *gli* y *gliu* en bastantes hablas italianas (t. 1, 271-272), sin que exista relación alguna con las *ll-* catalanas; los plurales catalanes y asturianos del tipo *les cabres* se explican por una evolución fonética de *-as* (así en el nombre como en el verbo, donde también hay *-ANT > -en*), y sólo por una coincidencia se asemejan al tipo morfológico *illa es capra es*, cuya existencia en Italia sospecha Rohlfs (t. 2, 113).

<sup>35</sup> No hay razón fonética alguna para dudar de su italianidad, ni siquiera si rechazáramos la sonorización toscana delante del acento: recuérdese que el cast. *mismo*, port. *mesmo* y oc. *mezesme* comprueban la existencia de *med-ipsimus* en latín vulgar, y la síncopa *medesmo* (de donde luego *medesimo*) es natural en un pronombre muy desgastado. *Stesso* sería más toscano que *medesimo* según Rohlfs, pero él mismo nos informa de que Manzoni, mejor juez que él en el asunto, cambió *stesso* por *medesimo* en la 2ª ed. de su novela, de lenguaje toscano a todo trance.

en el dialecto desde el siglo XIII y no existe tal grafía en catalán (influjo castellano no lo hubo allí antes del XVI); claro que ha de ser importación normanda: sabido es que en francés tuvo este valor fonético hasta el siglo XIII. La frase *ciascuno nella sua ciascunaia* citada en el § 1073 de un periodista moderno no puede darse como ejemplo de empleo castizo, pues es calco de la francesa *chacun dans sa chacunière*, ya empleada por Rabelais (e inspirada en los nombres de lugar como *La Guillaumière*, *La Guinardière*, etc.). En cuanto al gascón, como era de esperar en quien ha publicado sobre él una monografía básica, ya ha estado Rohlfs bien atento a las semejanzas que de vez en cuando presenta con hablas italianas. Véase lo que dice por ejemplo de la evolución de la -LL- en -r- en el Cilento y la Pulla (t. 1, 389, 391); del adverbio *ghe* 'allí' (§ 903); al artículo *era* en éstas y otras regiones me he referido ya; en cuanto al *que* declarativo, da en el § 794 una lista de ejemplos italianos de interés, pero hay que reconocer que casi todos son harto diferentes del fenómeno gascón, mientras que casi todas estas frases se podrían decir igual en catalán y castellano populares; el más notable y más próximo es "mi disse: a veder voi *che* ne veniva", donde por cierto no se trata de un *que* causal, como dice Rohlfs; por lo demás en un tono muy afectivo y con esta inversión no sería esto imposible en catalán.

Termino con una serie de observaciones sueltas<sup>36</sup>.

§ 48. *Scèndere* es la pronunciación etimológica: cítese aquí *prèndere*.

§ 68. *Mòra* 'mora (fruto)' está bien explicado aquí pero no en el t. 3, 369; desconozco un arag. *muera*; en cat. *móra* es lo tradicional, pero muchos pronuncian vulgarmente *mòra* por confusión con el representante de *m a u r a*.

§ 69. *Tròta*, cast. *trucha*, nada tienen que ver con el gr. *τρούκτης*, que designaba un pez muy diferente; la etimología de la voz romance se ignora y no se sabe cuál era su vocalismo primero.

§ 71. Que la *u* de *lupo* se deba a un influjo onomatopéyico no convence; todo el mundo está de acuerdo en que el fr. *loup* es dialectalismo, y acaso *lupo* lo sea también de la Alta Italia; entonces el piam. y lomb. *lüf* sería hiperdialectalismo. Pero más bien creo que se tratará de una metafonía que partiera del plural *l ũ p ĩ*, de uso preponderante; y ésta será también la explicación de *tutto*, según *tutti t ō t t ĩ*, como en el lomb. ant. *tuti* (frente a *toto*, § 64), oc. ant. *tug* (junto a *tot*), cat. ant. *tuit* (junto a *tot*); por haberse sacado del plural se explicarán también las formas del Lacio *lope* y *tore* (§ 74). Desde luego es absurda la base *\*t ũ c t u s* (por cruce con *c ũ n c t i*). Compárese lo que digo de *dito* y de *cavì* en las pp. 172-173 y nota 30.

§ 107. Que *nòve* sin diptongo no se debe a la pronunciación proclítica es menos claro de lo que dice Rohlfs; en todo caso, la misma falta anómala de diptongación se observa en oc. ant. *nou*, mod. *nòu* o *nau* (frente a diptongación bastante extendida en *n o v u s*): véase RONJAT, *Gr. ist.*, §§ 100, 104.

T. 1, 221. La tendencia a cambiar en *a* la *o* pretónica ha de ser muy antigua

<sup>36</sup> Espero que estas observaciones no resulten inútiles, al menos para los continuadores de Rohlfs. En cuanto a él mismo, resulta desalentador el hecho de que ni en esta ni en otras obras suyas se encuentren huellas de mi largo comentario a su libro *Le Gascon* (VR, 2). Por el contrario, no sólo la explicación que di allí (y que detallo aquí, p. 172) del it. *uguanno* parece haberle pasado inadvertida, sino que en su nota al § 927 atribuye esta explicación a WARTBURG, que la citaba de mi trabajo, aunque sin nombrarme, de acuerdo con el procedimiento sistemático con que este lingüista honra a determinados colegas.

en el Sur de Italia, pues de la Magna Grecia hubo de proceder \*aiace m (οἶαξ), de donde el cat. *aljau*, *arjau*, según indiqué en el *Homen. a Rubió i Lluch*.

T. 1, 225. Al hablar del cambio umbriense y aretino de RE- en ar- (cf. it. ant. *arnione* 'riñón', t. 1, 214 n.) hubiera debido tratar de la ultracorrección tan extendida que observamos en *ramolaccio*, -ccia armoracia, *rubiglia* *ervilia*, *rigoglio* *urgoli*, it. dial. *rigola*, *argola* 'barra del timón', calabr., abr., napol. *rugagno* 'enser' (REW, 6096-97, organ(i)um), milan. *rapegà* 'erpicare' (§ 1171), etc., fenómeno del cual no se nos dice nada en todo el libro.

§ 138. Otro fenómeno más importante todavía, y muy característico del italiano, queda omitido del todo: es propia de esta lengua frente a los romances de Occidente la tendencia a apocopar o sincopar sílabas enteras, no solamente la vocal: *piato* *placitum*, *peto* *peditum*, *vuoto* *vocitus*, *prete* *prae(s)byter*, *bere* *bibere*, *frale* *fragilis* (mal interpretado en el § 5), *frana* \**fragina* y en general -ana -agine m (*piantana*, *lantana*, *ferrana*, *provana*, *sartana*, *fiumana*), *dito* *digitus*, *tracotanza* -cogit-; luego -tà -tatem, -tù, *può*, *sa*, *fa* (facit), *piè*, *mercé* (cf. § 216), *testé* (de *testeso*), *su*, *giù*, *fi'*, *diè*, *de'* (*degli*), *fra'* (*fra gli*), *per me'* (de *mezzo*, § 865), *vo'*, *to'*, y aun *trarre*, *porre*, *tòrre* y análogos.

§ 160. El abr. *nusca* y sardo *nuscu* 'almizcle' se explican por influjo de su derivado *noce noscato* por *n. moscato*, donde la segunda *n* representa una dilación de la otra. *Nilza*, *nizzo*, *ñola*, *nigghiu* resultan de una palatalización más o menos perfecta de la *m*-primitiva.

§§ 161, 323. No convence la explicación de *ignudo* 'desnudo' a base de una trasposición de \**niudo* de un diminutivo \**nudulus*, pues salta a la vista que tras *do n* nunca una *L* se habría podido convertir en [i]. Tampoco valen nada la explicación que ideó PIERI (*ZRPh*, 30, 300) ni la incomprensible de BIANCHI (*AGIt*, 13, 251). El hecho es que *gnud* es antiguo pues ya está en la lombarda *Canzone d'Auliver* del siglo XIII (MONACI, *Crest.*, p. 495, v. 43), *ignuda* en la *Antologia d'antichi scrittori senesi* de TOZZI, 266; hoy es forma propia de Umbria y Toscana, donde por lo demás es general (*AIS*, 670, 671); *innudo* en Verona. En los Dolomíticos dicen [dežnù], equivalente del cast. *desnudo*, port. *desnú*, oc. *desnut*. Como el verbo *snudare* 'desnudar' (de donde se extrajeron *desnudo* y congéneres) existe también en italiano, junto a *ignudare*, y como aquél tiene, igual que todas las voces semejantes, una variante *isnudare*, esto sugiere la única explicación que me parece razonable, puesto que *sn-* pasa regularmente a [žn-] en casi toda la Italia septentrional, central y meridional, y aun en los extremos Sur y Norte de Toscana (§§ 188, 189); de hecho el cambio de *sn-* en *sgn-* se comprueba en muchas formas dialectales del Norte: *piam. sgnip*, lomb. *sgnepa* 'chochaperdiz' (REW, 8048), trent. *sgneffa* (GAMILLSCHEG, *R. G.*, t. 2, 160), venec. *sgnare* 'nari, li buchi del naso', *sgnanfar*, *sgnanfezzo* 'parlare col naso' (= sic. *nanfare*) (BOERIO). Al cambio de [ižn-] en [iññ-] pudieron ayudar *ignobile*, *ignaro* y análogos.

§ 163. El tratamiento normal de *qu é-*, *qu í-* sería *che-*, *chi-*; en cuanto a *questo*, *quello*, *qui*, *quindi*, *quinci*, etc. habrían conservado la *u* por el carácter secundario del grupo en estos vocablos compuestos; pero el hecho es que por la métrica latina nos consta que combinaciones como *eccum illum* no podían pronunciarse más que en tres sílabas, es decir *ecquillu*, y como por otra parte nos consta, por el acuerdo de las varias lenguas romances, que se trata de combinaciones soldadas desde el latín vulgar, salta a la vista que su tratamiento ha de ser el mismo que el de *qui* primitivo. En realidad no hay motivo serio para dudar de que el tratamiento normal en italiano sea [que], [qui] con la semiconsonante conservada: *quindici*, *Quirico* (§ 152), *quercia* (que

es *quercea* aunque lo niegue Rohlfs), *cinque, dunque, ovunque*, etc.; en cuanto a los pronombres-conjunciones *che, chi*, son partículas débiles con tratamiento proclítico excepcional; *chiedere* se debe a la combinación ultracompleja [kwĩ-], y *cheto* es dialectalismo.

T. 1, 353, n. 1. El it. merid. *catu* 'cubo' *c a d u s* se explicará por confusión con *catillus*, del cual *cadus* aparenta ser el primitivo.

§§ 223 y 1015. Probablemente no hay duplicación fonética de la -N- pretónica (como la hay en *nonn è*): *pannocchia* se debe al influjo *pannus*, y los verbos en *inn-* (*innamorare, innaspere*, etc.) presentan reduplicación del prefijo partiendo de una forma con aféresis (*namorare*); compárese con el castellano *añadir* \**innaddere*, *añascar*, cat. *ennartar*.

§ 230. *Putto, brutto, succo, tutto* presentan geminación de carácter expresivo-intensivo, desde luego sin relación (como ya lo muestra el vocalismo invariable) con el caso de *cūpa*: *cūppa*, que en realidad todavía no consta bien que etimológicamente continúe un solo vocablo prelatino; ni con los casos más dudosos, y quizás puramente ortográficos, de *li(t)tus, glu(t)to, stu(p)pa, mu(c)cus* (eliminar del todo el de *nu(c)ca*, sin relación alguna con nada de esto).

T. 1, 396, n. El luqués ant. *gassara*, recordado por Dante, no debe citarse como testimonio de una reducción fonética de -RR-, pues este vocablo tuvo *r* sencilla inicialmente (del mismo origen que el cat. *gatzara*, cast. *algazara*).

T. 1, 398. En este cuadro del tratamiento de ciertos grupos consonánticos poco importantes incluye el autor varias etimologías falsas o muy inciertas, como *borro* junto a *botro* (en realidad parecen ser voces diferentes), *quarra* junto a *quadra*, y *mattoni* de *malthone* (etimología falsa si las hay; véase mi reseña de Prati), dando así la falsa impresión de que TR y DR dan normalmente *rr*, y de que LT da *tt*.

§ 245. El dialectal *monto* *multum*, como *montone* *multonem* 'carnero' se explican por dilación de la nasalidad. Dial. *antro* *alterum* es dilación tras el artículo *un* (cat. vulg. *un antre*, pero nunca \**l'antre*). De todos modos no hay paso de *u* a *n*.

§ 252. Por más que las hablas lígures en general confundan -PL- con -CL- en [ǰ], hay algunos dialectos lígures que distinguen, cambiando CL en *j*; ahora bien, en éstos se encuentra *scöju* 'escollo' (PARODI, *AGIt*, 16, 339), de suerte que aun en Liguria hay que partir de una base \**scoculu*, como en todos los romances, y no de *scopulu*.

§ 253. El tesin. y trent. *gana* no procede de *ganda* sino de una variante prerromana distinta, luego no puede citarse entre los ejemplos esporádicos del cambio de ND en *n* (véase *DCEC*, s. v. *gándara*).

§ 276. La irregularidad en el tratamiento de *mezzo, mozzo, rozzo, razzo* obedecería a la importación de las formas alto-italianas en Toscana, pues es sabido que cualquier *j* daba [dz] en alto-italiano antiguo. Reconoce Rohlfs que el porqué de la admisión en Toscana de un término alto-italiano como *mezzo* o *rozzo* ha de quedar como un "misterio eterno" (en el caso de *razzo* y *mozzo* se trataría de un influjo de la terminología del carro). La idea es descabellada y no creo que deba tomarse en serio. Es evidente que ahí influyó la *D* del étimo, aunque no sabemos bien por qué en otros vocablos no tuvo este influjo (en parte pudo haber reducción a *j* en formas verbales como *veggio, seggio, caggia*, por una pronunciación más débil, comparable a la que ha sido causa de *ha(b)eo > aggio*, cast. *he, haya*, etc.). De todos modos el hecho que había que tener en cuenta es que en otras lenguas romances hay un doble tratamiento comparable: cast. ant. *raça, baço, foçar*, etc., y con un ensordecimiento parecido *medius* ha dado *mes* en francoprovenzal, *miесе* en el Sur de Italia (t. 1, 458-459), etc.

§ 282. *Strano* sería reducción fonética de *straino*. Pero ¿*straino* existe? Lo dudo. Más bien creo que hay cambio de sufijo *-anus* por *-aneus* (*foranus*: *foraneus*, y demás ejemplos que he reunido en el *DCEC*, s. v. *hazaña*).

§ 307. Enteramente inverosímil e innecesario es suponer *\*corem* (it. *cuore*), *\*cicis* (it. *cece*), *\*marmus* (it. *marmo*), *\*sorus* (it. *suoro*). Dejando aparte el primero (donde *cor* no ofrece dificultad real, por estar la *-r* conservada en monosílabo), se trata realmente de una pérdida fonética de la *-r* final, que es sistemática en italiano: *zolfo sulphur*, *pepe piper*. Posteriormente en algún dialecto pudo haber cambio de la terminación *-o* en *-u*, tipo morfológico más frecuente, pero esto es secundario.

§§ 310-342. Son excelentes y muy útiles estos párrafos dedicados a los fenómenos fonéticos inductivos y otros análogos (disimilación, metátesis, aglutinación, etc.).

§§ 343 ss. Además de más clara, menos discutible y mejor documentada, la Morfología es más nueva que la Fonética. Nótese partes tan ricas en hechos bien observados como los §§ 366 ss., dedicados a la formación del plural: las generosas indicaciones sobre el género de los sustantivos (pp. 74-96); la abundancia extraordinaria en el pronombre (pp. 122-277); el desarrollo tan explícito de la posición del pronombre enclítico (pp. 204-206) y de las combinaciones pronominales (pp. 211-214); la exposición bien pormenorizada de cada verbo (pp. 312 ss.). Sólo debemos lamentarnos de que la morfología verbal sea excesivamente analítica; por lo menos un sistema abundante de remisiones y referencias de unos párrafos a otros habría sido muy útil: desgraciadamente escasean en todo el libro. Por ejemplo, valía la pena remitir del § 678 al § 683, del § 619 al § 723 (donde se citan los ejemplos análogos *raspente*, *uschente*), del § 593 al § 745 (donde se documenta el fenómeno desde el siglo iv) y al § 747 (que viene a ser lo mismo), etc.

§ 344. Los casos de *òrafo*, *suoro*, *serpe*, *peco*, *-ta* (*-tas*) son ciertamente conservación de antiguos nominativos, por más que lo dude Rohlf; agréguese *cece cicer* y *marmo* (§ 307), y algún nombre de lugar como *Orvioto urbs vetus*.

T. 2, 29-30. En toda la cuestión del cambio morfológico de *-e* en *-o* (verres *verro*, etc.) había que poner de relieve la importancia del papel que entre sus causas ha tenido la identidad de los plurales en *-i*.

§ 355. Para los representantes de *-ities*, véase *infra*, § 1039.

§ 358. La variante *rádica* no se explicará por un cambio de *radices* en *\*radicae*, pues se opone el acento; por razones fonéticas dudo también que se trate del nominativo *radix* (PISANI). Se extraería secundariamente del verbo *eradicare* (que muchos acentúan *erádica* en el presente).

T. 2, 55. Para explicar el artículo del plural *le ossa* no hay que pensar en un artículo plural femenino *illae*, sino en un neutro *illaec* análogo del plural neutro *haec*.

T. 2, 65. *Mancia* se extrajo del plural antiguo *mance*, de *manica*.

T. 2, 106. *Delle meglio fabbriche*: el ejemplo más conocido del caso está en la locución (*farlo*) *alla meglio*.

T. 2, 115. Las locuciones adverbiales *terra terra*, *riva riva* no son tan originales de Italia como parece creerlo Rohlf. En los documentos notariales hispánicos de la Edad Media es comunísimo hallar en descripciones de lindes: *vadit serra serra*, *carra carra*, etc.

T. 2, 119. *Aspetta e aspetta*, *cammina cammina*, etc. Compárese también el cat. popular *camina que caminaràs* y otras formas todavía más semejantes en consejas. Lo más parecido es el uso hispanoamericano, especialmente mexicano: *espera y espera*, *camina y camina* (KANY, pp. 239-243).

T. 2, 124. La génesis del artículo plural *i* estará en una vocalización de

locuciones como *dove gl'cammini* en *dove i cammini* (comp. *begli > bei* por *belli*, y por otra parte *dove il sole > dove'l sole*).

T. 2, 125. Bajo las grafías *ne lo*, *de lo* y análogas hay que entender pronunciaciones *nello*, *dello* como hoy, de lo contrario la *e* habría pasado a *i* de no hallarse en sílaba cerrada; y esta *e* claro que no viene de la *ɛ* del lat. *d e* (*¿de donde saldría la de ne?*), sino de la *ī* del artículo: hay falso análisis.

T. 2, 174. Olvida decir que el empleo del pronombre sujeto es virtualmente obligatorio en la segunda persona del singular del presente de subjuntivo.

T. 2, 190-191, 193-194. La explicación de los pronombres personales *ne* y *ci* 'nos' por los adverbios *i n d e h i n c e*, y la de *vi* (*ve*) 'os' por *i b i* no es verosímil por más que se venga repitiendo y por más variantes que se aduzcan. Todavía en el caso de la tercera persona llega a concebirse que se reemplazara por un adverbio, aunque bien mirado el fr. ant. *l'i = le lui*, y el cat. *l'hi = lo li* resultan de una eliminación disimilatoria de la *L* de *illi*; sea como quiera, en pronombres de tercera persona como el sudital. *nci*, it. sept. *ghe* (pp. 187, 189), pasaríamos por la idea de que se trata de un adverbio 'allí' (tal como vulgarmente se dice *aquí* por 'usted, el señor' en castellano). Pero en la primera y segunda personas todo hace creer que la identificación con un adverbio es secundaria. Desde luego *n o s* tenía que pasar a *no* proclítico, apostrofado en *n'*, de donde se extrajo secundariamente *ne* por una identificación meramente formal con *i n d e*; *v o s* pasaba paralelamente a *v'*, *ve*, *vi*, identificado externamente con *i b i*. El más difícil de entender es *ci*. Dudo entre dos explicaciones, pero de lo que no dudo es de que viene en definitiva de un pronombre. O se tratará de un anticipo de la sustitución moderna de la primera del plural por el impersonal (*noi si va* o *ci si va* por *noi andiamo*), y entonces podría ser alteración de *s i b i* con un tratamiento paralelo al de *Ticino* por 'Tesino', ant. *vicitare* por *visitare*, sobre todo en las muchas regiones donde se vacilaba entre *bruciare* y *brusare*, *baciare* y *basare*. O bien podríamos fijarnos en el paso catalán de *anem-nos-en* a *anem's-en* (con *s* sonora), que ha conducido finalmente al vulgo a decir *posem-se* (con *s* sorda), y admitir paralelamente que se pasó de *da nos illum*, *dare nos illum*, y combinaciones análogas, a *dà-ns-ilo* (*dà-nc-ilo*), *dàr-(n)s-ilo* (*dàr-ci-lo*) y finalmente *dàccelo*, *dàrcelo*; esto tendría la ventaja de explicar quizá mejor, en todos los dialectos, la africada [č], por el contacto con el elemento oclusivo de la *n*, luego eliminada (véase lo que digo abajo de *senza*), aunque es más complicado. Claro que de todos modos las variantes dialectales modernas como *nci* y *si* pueden explicarse por identificación secundaria con *h i n c e* y *se*, pero quizá estas formas confirmen la última suposición.

§ 466. Para explicar la *e* algo notable de las combinaciones como *glielo*, *gliene* (frente al simple *gli*), creo que debería partirse de una antigua pronunciación *gliello*, *gliende* (*illī illum*), donde la conservación de la *e* (sin pasar a *i*) se explica por estar en sílaba cerrada; posteriormente el uso proclítico y la consiguiente pronunciación descuidada causarían la reducción de *ll* a *l* y de *nd* a *n*.

§ 482a. No parece que Rohlfs defina bien las condiciones de la omisión del reflexivo en frases del tipo de *allor vid'io maravigliar Virgilio*: se trata de que el infinitivo complemento de otro verbo elimina el reflexivo; en *siete voi accorti che* parece tratarse de algo independiente: construcción intransitiva de todo el verbo *accorgere* 'accorgersi'.

§ 488. *Chente* (véase además t. 2, 584, 267 y t. 3, 171) nada tiene de comparable a *comente*, y en cambio es inseparable de *quegno* (p. 237) y quizá del it. merid. *c(h)ine* (que parece ser simplemente *chi* prolongado como *mene* por *me* etc., y que en todo caso nada tiene que ver con *que m*). Claro que con todo esto anda envuelta la cuestión del cat. *quin*, *quiny*, oc. *quin(h)*. Tómese nota de que Rohlfs retira su antiguo ensayo de explicación, seguramente con razón.

§ 501. La *d* de *ciascheduno* no sale de *qu i s q u e e t u n u s* sino de *ca]duno*

o bien se sacó de *qualcheduno* junto a *qualcuno* (explicable aquél por tratarse de *qualche* *qualis* *quid*). En cuanto a *ciascuno* y el romano *ciasche* claro que hay que retirar la idea de un galicismo y partir de *quisque* disimilado como *quinque* y con la *a* de *caduno* (que también dio lugar a *cascuno*).

§ 511. Repetir de Meyer-Lübke que *manto* sale de *magnus* cruzado con *tantus* o quiere decir algo absurdo (como parece a primera vista) o es una forma críptica y casi matemática de decir que se extrajo de *tamanto* 'tanto' (§ 510) (el cual sí resulta de *tamagno* *tam* *magnus* por influjo de *tantus*); luego se analizaría *tamanto* como *tan manto*. Esto ya es comprensible y razonable, aunque dista mucho de ser seguro.

§ 555. Rohlfs no da explicación alguna de la *i* del subjuntivo italiano *canti*, y se limita a afirmar que el resultado fonético debía ser *cante*, *cante*, *cante*, *cànteno*. De acuerdo por lo que hace al singular, pero en el plural habría que esperar regularmente *càntino* (véase § 139; cf. *àsino*, *gióvine* y *cantàssimo* *cantassessimus*): desde ahí hubo de propagarse la *i* como característica de todo el presente de subjuntivo. Nótese que *cantàssino* (Maquiavelo) y *cantassono* (Sacchetti, Compagni, Tozzi) son las únicas formas que Rohlfs cita en escritores florentinos (*cantesseno* lo da en Guittone d'Arezzo, de acuerdo con los aret. y umbr. *femena*, *termene*, *ordene*, *giovene*). No hay relación directa, pues, entre el tosc. *canti* y el cat. orient. y literario *canti*, que es más tardío, aunque *càntia* ya abunda en cat. en el siglo xvi y el antiguo *cante* todavía corre en italiano literario en el mismo siglo xvi. El cat. *canti* resulta sin duda de una reducción de *càntia*, que también tiene paralelos italianos: tosc. vulg. *àndia*, *vàdia*, *dìchiano*, analógicos de *àbbia* y del antiguo *debbia*, y son formas hoy empleadas en Poschiavo (t. 2, 347).

§ 631. Será por un lapsus lo de que *de regno privavit* expresa un dativo, o de que *maior de duobus*, *partem de istius impudentia* expresan un genitivo.

§ 647. No creo que *Iddio* resulte de *il Dio*, imitación del gr. ὁ Θεός, por más que hoy en toscano popular se pronuncie *icampo*, etc., por *il campo* y análogos. El caso es que esto es recientísimo e *Iddio* ya es medieval. Nótese que hoy en Toscana dicen solo *Ddio* (t. 1, 547) como también *Domineddio*, *vivaddio*, *giuvaddio*, *gli Ddei*, sic. *O Ddiu!* (GUASTELLA, *Circond. di Modica*, 68). Tendremos, pues, un fenómeno de prótesis comparable a los que señala Rohlfs en tanta abundancia para Campania, Calabria y Sicilia, en toda clase de palabras (t. 1, 258). La razón sería el énfasis extraordinario con que se invoca el nombre de Dios; en los hechos campanosicilianos no deja de haber también su poco de pronunciación enfática.

T. 2, 570-571. También en el catalán del Ampurdán se dice siempre *li som pres* (el *barret*, etc.), *li ets pres*..., pero nunca otra cosa que *li ha pres*, lo que coincide perfectamente con lo que señala Rohlfs en el Piamonte; y también allí como aquí se dice *me som rentat*, *t'ets rentat* pero *s'ha rentat* (para el Piamonte, t. 2, 572, fin). La coincidencia de estas extrañas construcciones en los dos países no será casual, y corrobora la ingeniosa explicación de Rohlfs. Falta explicar por qué esta diferencia en el uso del reflexivo entre la tercera y la primera y la segunda personas.

T. 3, 19-24. Muy atinado el haber tratado algo del aspecto verbal. Pero se podía haber dicho mucho más, y el castellano, más rico que el italiano en hechos de esta clase, a base de verbos modales, hubiera debido servir de guía y no se menciona; el catalán es menos rico en distinciones de este tipo, pero en cambio presenta alguna igual a las italianas (*van per muntar-se les tallantes proes*...). Lo que más se echa de menos es toda mención del aspecto determinado e indeterminado (alem. *erklettern*, frente a *klettern*; ruso *iti*: *khoditi*; cast. *subirse a aquel picacho*, *subir montaña arriba*; it. *andare*: *camminare*, etc.): de ahí la distinción entre el empleo del auxiliar *essere* con el aspecto determinado frente a *avere* con el indeterminado (Rohlfs, t. 2, 567-568, donde no relaciona con el

aspecto verbal). Apenas dice nada del empleo de prefijos latinos e italianos que todavía conservan resabios de nociones aspectuales, a la manera de los lat. *con-*, *inter-* (*conficere*, *internecare*, *intercipere*, *interdicere*), romance *cominiare*, *re*, *comparere*, *complacerere*; it. ant. *compigliare*, it. *scompigliare*, *sconvolgere*, *scompisciare*, *sconcacare*; *sciabordare*, *sceperare*, venec. *sunare*; *fraccassare*; *intraprendere*, *tramischiare*; ejemplos pulleses de *inter-* (§ 1017), italianos meridionales de *cata-* (*ibid.*). Poco o mucho, de cerca o de lejos, todo esto tiene algo que ver con la noción de aspecto, pero Rohlfs nos calla todo este conjunto, que aquí no tengo tiempo ni de abocetar; con *pigghiau e...* (t. 3, 22) compárese el cast. idéntico *cogió y se fue*.

T. 3, 26. Son de interés estas construcciones desiderativas con la condicional *se*, que podrán ponerse en el legajo de la famosa cuestión de *si oviessse buen señor* en el *Cid*.

T. 3, 29. *Si podría haría* se oye mucho en la Argentina, como también en el Norte de España, pero allá habrán ayudado influjos itálicos, pues lo he oído especialmente a inmigrantes de este país.

§ 756. Así era, pero *hoy* la anteposición del pronombre en las frases interrogativas, así en italiano como en los demás romances, ya no es cuestión de énfasis sino de popularidad.

T. 3, 48. También en francés antiguo (*Roland*, etc.) se emplea *e* para introducir la oración principal cuando va precedida de una subordinada.

T. 3, 49. Calabr. *vamme e mustra li cugliuni*, igual se diría en cat. popular, pero no significa 'va a mostrarme' sino 'de pronto me muestra', ya que el cat. no tiene repugnancia como aquél por el infinitivo. ¿Está bien entendida la frase calabresa?

§ 760. *Si o e si* con valor copulativo en altoitaliano antiguo: parece calcado del francés medieval.

§ 763. *Ne* como partícula copulativa de sentido positivo en lombardo y siciliano medievales. ¿Imitación del francés o del catalán medievales? Habría que saber si llega a extenderse a oraciones declarativas, como en éste, o sólo a las condicionales, dubitativas e interrogativas, como en aquél.

§ 771. It. dial. *tramentre*, igual al cast. dial. *entramientras* 'mientras tanto' y sus variantes (*DCEC*, s. v. *mientras*). No hay contaminación con *intra*, sino una de dos: *interim+interim* de donde *entrementre*, o bien *duminterim* > *dementre* > *drementre* > *trament(r)e* con *tr-* secundario, como en *trópego*, *trapo*, *tropesía*, etc. Con *parte che* compárese el cat. ant. *part prep.* 'allende de'.

§ 771. El flor. ant. *introque che* 'mentre che' citado por Dante podría entenderse en el sentido de *mentre che* = *finchè* y hacerlo ir con el sienés ant. *intro che* 'finchè' (§ 772), cat. ant. (*en*)*trò que*. Pero es cierto que también existe la otra acepción (§ 940).

§ 775. Boloñ. *post che*, piam. *postu che*, emil. *post* 'giacché': si vienen de *post* sería muy extraña la conservación de la -*t* (cf. calabr. *poseri post heri*, it. *pòsola* derivado de *post*); serán más bien equivalentes del cast. *puesto que* 'giacché'; cf. it. ant. *posto che* y cast. ant. *puesto que*, que valían 'aunque'.

§ 776. Los cat. *per(a)mor que* y *essent que* (mall.), cast. *siendo así que* tienen el mismo sentido que las locuciones italianas correspondientes.

§ 779. La *e* del condicional *se* no viene de influjo de *che* sobre *sī*, sino que es extensión del lat. *sīquidem* (véase *supra*, pp. 153 s.). La variante *sed* no prueba influjo de *quid*, pues también hay no sólo *ed* y *od*, sino *ciascheduno* junto a *ciascuno*, napol. *cod isso* 'con él' (§ 802), corso *duved*, *inded* (p. 109 n.), etc.

§ 780. *Caso mai che...*, cf. cat. *mai que el vegis*, *mai que no puguis venir...*, donde *mai* vale 'alguna vez (que)', 'si alguna vez'.

§ 783. Calabr. *attè ca* 'quando anche' será arabismo, de *hàttà* = port. *até que* 'finchè'.

§ 824. Claro que el it. *appo* 'junto a' es a p u d. Así el sentido más tardío 'después' como la *-pp-* se explican por la etimología popular a d p o s t, que Rohlf's toma por etimología verdadera; los dialectales *apossu*, *apos*, salen de *appo esso*.

§ 832. Está claro que *acca* 'chez' no es otra cosa que el *ca* de *ca* s a estudiado en el § 819 y no un e c c u m h a c.

§ 836. *Chiedere*, *fiedere* muestran que r e t r o sería más satisfactorio como base de *dietro* que d e r e t r o.

§ 861. El it. ant. *inver* no puede ser galicismo, pues en esta época todavía se pronunciaba la *-s* francesa. Es apócope proclítica i n v e r s u s i l l a m c a s a m > *invers la casa*, con eliminación de la *-s* final según la fonética italiana. Compárese el caso análogo de a d s à t i s (g r á n d e m) > *assats (grande)* > *assai (grande)*. Lo cual nos lleva a la famosa cuestión del it. *senza*. Aunque todo el mundo la admita, la etimología a b s e n t i a (§ 878) es el colmo de lo inverosímil, sobre todo teniendo en cuenta que al cat. mod. *sense* y al prov. mod. *senso*, de función idéntica a la de *senza*, corresponde en cat. y oc. antiguos *sens*, que todo el mundo está de acuerdo en sacar de s i n e, con *-s* adverbial; *sense* ya aparece en el aragonés del siglo xv y claro está que fonéticamente ni su *-s* ni su *-e* son compatibles con a b s e n t i a. Tampoco el it. vulg. *in senza* constituye apoyo alguno para el ablativo a b s e n t i ā, pues *en sense* se emplea con el mismo carácter en el barcelonés actual. Debe tenerse en cuenta que probablemente \*s i n e s existiría ya en el latín vulgar, pues sólo a base de la fonética sintáctica, en grupos como \*s i n e s t e, logramos explicarnos la conservación de la *ε* en la variante cat. ant. y arag. ant. *senes*. Ahora bien, tal como a d s a t i s pasó por proclisis a *assats* (de donde *assai*), también \*s i n e s i l l a pasaría en pronunciación rápida italiana a \**senz ella*, interpretado como *senz'ella*, y de ahí se sacaría *senza* (cf. además cat. *sota* junto a *sots*, *fora* junto a *fors*, etc.). Se concibe en principio que el elemento dental de la *N* causara el cambio de *s* en *z*; lo único que nos detiene es que la comparación con *pensare* parece indicar que tal cambio no se produce en italiano. Sin embargo, atiéndase a que en voces como *pensare* la *n*, ya envejecida en esta posición, no se pronuncia con perfecta oclusión bucal (de donde luego la pronunciación occitana *pessar*), mientras que la *N* de \*s i n e s sí sería bien oclusiva, y al entrar en contacto brusco con la *s* la convertiría por lo tanto en *z*. O habrá que cambiar el detalle de la explicación a base de s i n e (s), pero en todo caso conviene desechar a b s e n t i a.

§ 931. Así la procedencia francesa de *ancora* como el étimo h i n c h a c h o r a (1) son rechazables. Se trata de a d h a n c h o r a m, con desgaste fonético por la pronunciación rápida de los adverbios. Fr. ant. *encui*, it. dial. *ancoi*, it. *anc'oggi* vienen paralelamente de a d h a n c d i e m, con influjo de h o d i e, *enquenuit* de a d h a n c n o c t e m (con influjo de *anuit*). En cuanto al it. *anche* 'también, aún', no hay el misterio que en él ve Rohlf's (§ 963): teniendo en cuenta la variante *anco*, se advierte que hubo de sacarse de *ancora* y *ancoggi*, interpretados como compuestos con *ora* y *oggi*, en el sentido de 'todavía ahora'. Nada tiene que ver con el cat. ant. y oc. ant. *anc* 'jamás', it. ant. *anche* 'jamás' (§ 943), que son hermanos del fr. ant. *onc* (u n q u a m), en la misma relación con éste que oc.-cat. *ara* (a d h o r a m) con el fr. *or(e)*, it. *ora*.

§§ 991 ss. En la formación de palabras se observa cierta vaguedad del aspecto semántico. Con demasiada frecuencia se contenta con decir que el sentido está "debilitado" o es "secundario". Fácil hubiera sido dar mayores precisiones de sentido y de valor estilístico, por ejemplo, al hablar de *-ario* o de *piacevole*, y un poco en todas partes. Excelente idea, en cambio, la de haber dado ejemplos de los varios tipos formativos en la toponimia.

§ 996, p. 230 n. De acuerdo con que estos compuestos se forman con el imperativo; el cast. *Cantalapiedra* no lo desmiente, pues no se trata ahí del verbo *cantar*, sino del sustantivo *canto* 'esquina' o 'guijarro' (< *canto de la piedra*), y no es \**Cantaelgallo* sino *Cantagallo*. En el cat. *Escornalbou* se trata también de un imperativo, y el artículo no estorba. La interpretación es enteramente inequívoca en el cast. *Tirteafuera*.

§ 1012. Se olvida de las duplicaciones de EX- + E- como en *scilinguare*, *scigliere*, cast. *jamerdar* (e x-e m e r d a r e).

T. 3, 241. Se olvida también del uso nominal peyorativo (a veces intensivo) del it. *s-*: *sgualdrina*, *sbirro*, *svista*, *sninfa* 'donna brutta', napol. *sdamma* 'dama', napol. *sdramma* 'piccolissima quantità' (t. 1, 542), *snesci*, venec. *slandrona* e it. ant. *slandra* 'prostituta' (DCEC, s. v. *malandrín*).

§§ 1032 ss. Entre los sufijos creo que faltan algunos, aunque es enumeración bastante completa. Debería añadirse el curioso de *piovorno*, luego *cotenna*, *pantenna*, *Ravenna*, *Chiavenna*.

§ 1039. El sufijo abstracto veneciano *-ezzo* (Belluno [-eθ]) para derivados de adjetivos sería *-i c i u s*. En realidad se tratará de *-i t i e s*, que Rohlf's (§ 1153) documenta en romano y pullés antiguos, hoy en Velletri, Calabria del Norte y Pulla meridional. Además oc. ant. *lassetz* 'cansancio' y otros, que igual que en Venecia se han vuelto masculinos a causa de la terminación. Sabido es que por la debilidad de las vocales finales ha habido muchas confusiones de *-E* con *-U* en el Norte de Italia, invadiendo la *-o* el terreno de aquella vocal en veronés antiguo, istriano, Lunigiana, Garfagnana (§ 146), mientras que en veneciano propio son los femeninos en *-a* los que han invadido el terreno de los en *-e* (*noša*, *ava*, *vida*, § 143).

§ 1058. A los ejemplos de *-a g i n e m* debería añadirse el it. ant. *fumana* 'fume gonfio', ya en Dante, que en otros, como G. Villani, aparece disimilado en *fumara*. No contiene *-a n u s* (como se afirma en el § 1092), según muestra el frecuentísimo cat. ant. *flumaire* f., de igual sentido. Del italiano pasó al fr. ant. *flumare*, *flumaire*, que sólo se documenta en Marco Polo y en textos referentes a Morea y Constantinopla.

§ 1077. No creo que el it. *-io* de *brontolio*, *calpestio*, etc. venga de *-e r i u m*, aunque éste pudo ayudar, pero la fuente principal será *-i v u m*, que ha dado el mismo resultado fonético y semántico en cast.: *gentío* (ya en Berceo), *griterio* o *giteria* (ya en el siglo xvii), etc.

§ 1084. El sufijo *-ullo*, dado correctamente como de origen meridional, no es más que una alteración de *-ulo*, resultado fonético meridional de *-i o l u s* (§ 126), alterado bajo el influjo del sinónimo *-ello*. De ahí *citrullo*, *fanciullo*, etc.

§ 1094. Insinúa Rohlf's que el valor diminutivo de *-i n u s* en italiano se deba a una imitación del empleo diminutivo que este sufijo puede tener en gótico y en griego. Ante el hecho de que en portugués y leonés el empleo diminutivo de *-i n u s* es todavía más preponderante que en Italia, hay que desechar desde luego el griego, y ni en éste ni en gótico tiene el sufijo carácter diminutivo tan acentuado como en esos romances. Mayor fundamento tendría pensar en el céltico, donde *-i n o s* (si bien con vocal breve) es realmente el sufijo diminutivo normal. Pero mejor creer que en todas las lenguas indoeuropeas, sin exceptuar las romances, hubo desarrollo independiente hacia el diminutivo, por especialización del empleo meramente adjetivo, que era común a todas.

§ 1108. *Bugiardo* es alteración del antiguo *bugiadro* (por ejemplo en F. degli Uberti, siglo xiv), trent. *bosiádro*, boloñ. *busáder*, que contienen *-a t o r*, y son equivalentes exactos del cat. ant. *b(a)are* 'traidor' (para el cual véase mi artículo de los *Mélanges Mario Roques*, t. 4).

§ 1111. Faltan ejemplos populares de *-ario*, que no son nada raros: it. dial. *strafalarío* (de *strafar-ario*, cf. venec. *strafaroso*; véase DCEC, s. v.).

§ 1117. Lo mismo digo de *-orio*: it. *baldoria*, venec. *strafanorio* 'estrafalario'.

§ 1135. El alto-it. *cavrè(do)* 'cabrito' no es un \**caprētum* inexplicable<sup>37</sup>, sino *capritus* (cat. *cabrit*, *cabrida*, etc.), propiamente 'resultado de la acción de *caprire* o parir la cabra', influido por el it. *cavretto*.

§ 1142 n. Compárese con el cat. *burlata* m. 'burlón', hispanoamericano *jorobeta* m. 'el que joroba o molesta', etc.

§ 1142 n. *-attiere* viene de *-atarius* por vía culta (GIAND. SERRA), Valsesia *panatè* 'panadero' (t. 3, 101).

§ 1167. El it. merid. *andare* no es importación del Norte ni menos descendiente del famoso \**ambitare* imaginario, sino de *ambulare* (cf. t. 1, 420, 395).

Los índices alfabéticos son bastante copiosos y útiles, pero podrían serlo mucho más. Falta, por ejemplo, las referencias a *catòju* (§ 1007), *presciutto* (§§ 1025, 1026), *tutto* (§ 71), *gnocca* (§ 181), *chiosa* (§ 184), *mattona* (§§ 232, 240).

La impresión del libro ha salido muy correcta, y no es pequeño mérito en obra tan densa en materiales dialectales. Anoto unas pocas erratas importantes: t. 2, 211.9, léase *Akkusativ-Dativ*; t. 3, 240.6 del fin, léase *scialbare*; § 167.5, *intervokalischer*; t. 1, 395.11 *nd* > *nn*. Dos lapsus evidentes son decir que *nebbia* viene de \**nibula* y *Subiaco* de *sublacum* (es *Sublaqueum*).

En conclusión, estamos ante una magnífica obra de consulta, que representa una vida entera de esfuerzo sostenido e inteligente, en contacto íntimo, directo e intenso con las hablas populares. Aun el que no pueda compartir todas las opiniones de Rohlf's debe admirar la multitud de sus aciertos, sus intuiciones a veces extraordinarias y tan numerosas, y tomar agradecido esta masa inmensa de materiales auténticos y de primera mano.

JOAN COROMINAS

The University of Chicago,  
Institut d'Estudis Catalans.

<sup>37</sup> Claro que el fr. *poulain* no es *pullamen* sino *-inu*.